
EL BURGUES GENTILHOMBRE

Molière



GRANDES EXITOS

DEL CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Ateneo
julio 1913

p. 57 crítica al spio. burgués

p. 60 burguesía y locura

p. 63 hipocresía

p. 67 ~~Rebeldes~~ ... → corte de em

muñi

p. 77 burgueses:
el que vende la fe

p. 81 B = 9/modo

propio
HITA


~~vida propia~~

EL BURGUES GENTILHOMBRE

Molière

EL BURGUES GENTILHOMBRE

Los grandes éxitos
del Centro Editor

Centro Editor de América Latina 

La traducción de esta obra fue efectuada
por Julio Gómez de la Serna
y sus derechos pertenecen a Aguilar,
Sociedad Anónima de Ediciones,
la que ha dado el correspondiente
permiso para su publicación.

© 1969 y 1975

Centro Editor de América Latina S. A.
Junín 981 - Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

Libro Impreso en la Argentina

PERSONAJES

EL SEÑOR JOURDAIN, burgués.
LA SEÑORA DE JOURDAIN, su esposa.
LUCILA, hija del señor Jourdain.
CLEONTE, enamorado de Lucila.
DORIMENA, Marquesa.
DORANTE, Conde, amante de Dorimena.
NICOLASA, sirvienta del señor Jourdain.
COVIELLE, criado de Cleonte.
Un PROFESOR DE MUSICA.
Un ALUMNO DEL PROFESOR DE MUSICA.
Un PROFESOR DE BAILE.
Un MAESTRO DE ARMAS.
Un PROFESOR DE FILOSOFIA.
Un MAESTRO SASTRE.
Dos LACAYOS.

PERSONAJES DE LOS BAILABLES

EN EL ACTO PRIMERO

Una MUSICA.
Dos MUSICOS,
BAILARINES.

EN EL ACTO SEGUNDO

OFICIALES DE SASTRE, bailarines.

EN EL ACTO TERCERO

COCINEROS, bailarines.

EN EL ACTO CUARTO

CEREMONIA TURCA

TURCOS, ayudantes del Muftí, cantores.
DERVICHES, cantores.
TURCOS, bailarines.

EN EL ACTO QUINTO

BAILABLE DE LAS NACIONES

Un REPARTIDOR DE LIBROS, bailarín.
IMPORTUNOS, bailarines.
COMPARSAS DE ESPECTADORES, cantores.
HOMBRE PRIMERO, elegante.
HOMBRE SEGUNDO, elegante.
MUJER PRIMERA, elegante.
MUJER SEGUNDA, elegante.
GASCON PRIMERO.
Un SUIZO.
Un VIEJO BURGUES CHARLATAN.
Una VIEJA BURGUESA CHARLATANA.
ESPAÑOLES, cantores.
ESPAÑOLES, bailarines.
Una ITALIANA.
Un ITALIANO.
Dos BUFONES.
Dos GRACIOSOS.
ARLEQUIN.
Dos POTEVINOS, cantores y bailarines.
POTEVINOS y POTEVINAS, bailarines.

La escena, en París, en casa del señor Jourdain.

ACTO PRIMERO

Al levantarse el telón oyesse la obertura, interpretada por numerosos instrumentos, y en el centro de la mesa se ve a un alumno del Profesor de música, que compone, sobre una mesa, una aria encargada por el burgués para una serenata.

ESCENA PRIMERA

UN PROFESOR DE MUSICA, UN PROFESOR DE BAILE,
TRES MUSICOS, DOS VIOLINES Y CUATRO BAILARINES

PROF. DE MUSICA. — (A los Músicos.) Venid, entrad en esta sala y descansad ahí esperando su llegada.
PROF. DE BAILE. — (A los Bailarines.) Y vosotros también por este lado.
PROF. DE MUSICA. — (A su Alumno.) ¿Está ya hecho?
ALUMNO. — Sí.
PROF. DE MUSICA. — Veamos... Está bien.
PROF. DE BAILE. — ¿Es algo nuevo?
PROF. DE MUSICA. — Sí; es un aria para una serenata que le he hecho componer aquí, esperando a que nuestro hombre se despierte.
PROF. DE BAILE. — ¿Puede verse?
PROF. DE MUSICA. — Vais a oírla con el diálogo cuando él venga. No tardará nada.
PROF. DE BAILE. — Tanto vuestras ocupaciones como las mías no son escasas ahora.
PROF. DE MUSICA. — Es cierto. Hemos dado aquí con el hombre que nos convenía a ambos. Es una buena renta este

señor Jourdain con esos delirios de nobleza y de galantería que le trastornan la cabeza; y vuestra danza y mi música habrían de desear que todo el mundo se le pareciera.

PROF. DE BAILE. — No del todo; yo quisiera, pensando en él, que fuera más entendido en las cosas que le ofrecemos.

PROF. DE MUSICA. — Es cierto que apenas entiende de ellas; pero las paga bien, y esto es lo que más necesitan ahora nuestras artes.

PROF. DE BAILE. — Os confieso que, por mi parte, me mantiene un tanto la gloria. Los aplausos me conmueven; y creo que en todas las bellas artes es un suplicio bastante enojoso darse a conocer a necios y soportar, ante unas composiciones, la barbarie de un estúpido. Existe un placer, no lo neguéis, en trabajar para personas que sean capaces de sentir la delicadeza de un arte; que sepan dispensar una bondadosa acogida a las bellezas de una obra y compensaros de vuestra labor con lisonjeras aprobaciones. Si; la más grata recompensa que pueda recibirse por las cosas que uno haga es verlas sentidas y acariciadas por un aplauso que os honre. No hay nada, a mi juicio, que nos compense mejor de todas nuestras fatigas; resultan unos halagos exquisitos las alabanzas inteligentes.

PROF. DE MUSICA. — Estoy conforme con eso, y las saboreo como vos. No hay realmente nada que agrade más que los aplausos que decís; mas ese incienso no sirve para vivir. Las alabanzas a secas no dan satisfacción a un hombre; deben tener algo de sustancia, y la mejor manera de alabar es hacerlo dando algo. Este es un hombre, en verdad, de escasas luces, que habla equivocadamente de todo y que aplaude al revés; mas su dinero corrige los juicios de su espíritu; lleva el discernimiento en su bolsa; sus alabanzas están acuñadas, y este burgués ignorante no es más sutil, como veis, que el gran señor culto que nos ha traído aquí.

PROF. DE BAILE. — Hay algo de cierto en lo que decís; mas encuentro que insistís un poco demasiado sobre el dinero; el interés es algo tan bajo, que no debe nunca mostrarse apego a él.

PROF. DE MUSICA. — Y, sin embargo, vos aceptáis muy bien el dinero que nuestro hombre os da.

PROF. DE BAILE. — Sin duda; mas no cifro en él toda mi felicidad; y quisiera yo que tuviera él, además de su fortuna, cierto buen gusto para las cosas.

PROF. DE MUSICA. — También lo querría yo, y con ese fin trabajamos ambos tanto como podemos. Mas, en todo caso, nos proporciona medios de darnos a conocer en el mundo, y pagará por los otros lo que los otros alabarán por él.

PROF. DE BAILE. — Ahí viene.

ESCENA II

EL SEÑOR JOURDAIN, en traje de noche y con gorro de dormir, el PROFESOR DE MUSICA, el PROFESOR DE BAILE, el ALUMNO DEL PROFESOR DE MUSICA, una MUSICA, dos MUSICOS, BAILARINES y dos LACAYOS.

JOURDAIN. — ¿Qué, señores? ¿Qué hay? ¿Me vais a enseñar vuestra pequeña bufonada?

PROF. DE BAILE. — ¡Cómo! ¿Qué pequeña bufonada?

JOURDAIN. — ¡Eh!... Esa... ¿Cómo la llamáis? Vuestro prólogo o diálogo, con canción y danza.

PROF. DE BAILE. — ¡Ah, vamos!

PROF. DE MUSICA. — Estamos ya preparados.

JOURDAIN. — Os he hecho esperar un poco; pero es que me hago vestir ahora como las personas de calidad; y mi sastre me ha enviado unas medias de seda que creí no iba a poder ponerme nunca.

PROF. DE MUSICA. — Estamos aquí tan sólo para esperar a que estéis desocupado.

JOURDAIN. — Os ruego a ambos que no os marchéis hasta que me traigan mi vestido, a fin de que podáis verme con él.

PROF. DE BAILE. — Todo cuanto queráis.

JOURDAIN. — Me veréis ataviado como es debido de pies a cabeza.

PROF. DE MUSICA. — No lo dudamos.

JOURDAIN. — Me he mandado hacer esta bata.

PROF. DE BAILE. — Es preciosa.

JOURDAIN. — Mi sastre me ha dicho que las personas de calidad van así por la mañana.
PROF. DE MUSICA. — ¡Os sienta a las mil maravillas!
JOURDAIN. — ¡Lacayos! ¡Hola, mis dos lacayos!
LACAYO PRIMERO. — ¿Qué decís, señor?
JOURDAIN. — Nada; era para ver si me oíais bien. (Al Profesor de música y al Profesor de baile.) ¿Qué me decís de mis libreas?
PROF. DE BAILE. — Son magníficas.
JOURDAIN. — (Entreabriéndose la bata y dejando ver su calzón ceñido de terciopelo rojo y su camisola de terciopelo verde.) Ved: otro sencillo traje de casa para hacer, por la mañana, mis ejercicios.
PROF. DE MUSICA. — Es coquetón.
JOURDAIN. — ¡Lacayos!
LACAYO PRIMERO. — Señor...
JOURDAIN. — (Quitándose la bata.) Tened mi bata. (Al Profesor de música y al de baile.) ¿Me encontráis bien así?
PROF. DE BAILE. — Muy bien. No se puede estar mejor.
JOURDAIN. — Veamos ahora vuestro trabajo.
PROF. DE MUSICA. — Quisiera que antes oyeseis un aria (Señalando a su Alumno.) que acaba de componer para la serenata que habéis encargado. Es uno de mis discípulos, y tiene un talento admirable para esas cosas.
JOURDAIN. — Sí; mas no debíais haber encargado de eso a un discípulo; ni siquiera vos mismo erais demasiado bueno para esa labor.
PROF. DE MUSICA. — No debe engañaros, señor, el nombre del discípulo. Esta clase de discípulos saben tanto como los grandes maestros, y el aria es tan bella como la que más. Escuchad y juzgaréis.
JOURDAIN. — (A sus Lacayos.) Dadme mi bata para oír mejor... Esperad, creo que estaré mejor sin ella. No, dádmela otra vez; resultará mejor.

LA MUSICA.

Languidezco noche y día,
y es incurable mi mal

desde que esos ojos crueles
me esclavizan sin piedad.
Si así tratáis al que os ama,
¿qué haréis con vuestro enemigo?

JOURDAIN. — Esta canción me parece un poco lúgubre; adormece, y yo quisiera que la remozaseis un tanto.
PROF. DE MUSICA. — Es preciso, señor, que la música vaya de acuerdo con la letra.
JOURDAIN. — Me enseñaron una lindísima hace algún tiempo. Esperad... ¿Cómo decía?
PROF. DE BAILE. — No la sé, a fe mía.
JOURDAIN. — Había en ella cordero.
PROF. DE BAILE. — ¿Cordero?
JOURDAIN. — Sí. ¡Ah! (Canta.)

Creía yo a Juanita
tan dulce como bella;
creía yo a Juanita
más dulce que un cordero.
¡Ay, ay!
Y es cien veces, mil veces más cruel
que el tigre de la selva.

¿No es lindísimo?
PROF. DE MUSICA. — De lo más lindo del mundo.
PROF. DE BAILE. — Y la cantáis muy bien.
JOURDAIN. — Y eso, sin saber de música.
PROF. DE MUSICA. — Deberíais aprenderla señor, lo mismo que el baile. Son dos artes que tienen una estrecha relación.
PROF. DE BAILE. — Y que abren el espíritu de un hombre a las bellas cosas.
JOURDAIN. — Las personas de calidad, ¿aprenden también música?
PROF. DE MUSICA. — Sí, señor.
JOURDAIN. — Entonces, la aprenderé. Mas no sé el tiempo de que dispondré, pues, además del maestro de armas que me alecciona, he tomado también un profesor de filosofía, que debe comenzar sus clases esta mañana.

PROF. DE MUSICA. — La filosofía es algo; pero la música, señor, la música...

PROF. DE BAILE. — La música y el baile... La música y el baile: con esto basta.

PROF. DE MUSICA. — No hay nada que sea tan útil en un Estado como la música.

PROF. DE BAILE. — No hay nada que sea tan necesario a los hombres como el baile.

PROF. DE MUSICA. — Sin la música, un Estado no puede subsistir.

PROF. DE BAILE. — Sin el baile, un hombre no puede hacer nada.

PROF. DE MUSICA. — Todos los desórdenes, todas las guerras que hay en el mundo, ocurren únicamente por no aprender música.

PROF. DE BAILE. — Todas las desdichas de los hombres, todos los reveses funestos de que está llena la Historia; los errores de los políticos, y las derrotas de los grandes capitanes, todo ello ha sucedido por no saber bailar.

JOURDAIN. — ¿Y cómo eso?

PROF. DE MUSICA. — ¿No proviene la guerra de la falta de unión entre los hombres?

JOURDAIN. — Es cierto.

PROF. DE MUSICA. — Y si todos los hombres aprendiesen música, ¿no sería éste el medio de estar acordes y de que reinase en el mundo la paz universal?

JOURDAIN. — Tenéis razón.

PROF. DE BAILE. — Cuando un hombre ha cometido un yerro en su conducta, ya sea en sus asuntos familiares, en el gobierno de un Estado o en el mando de un ejército, ¿no se dice siempre que el tal ha dado un mal paso en ese asunto?

JOURDAIN. — Sí, eso se dice.

PROF. DE BAILE. — ¿Y dar un mal paso puede provenir de otra cosa que de no saber bailar?

JOURDAIN. — Eso es cierto, y ambos tenéis razón.

PROF. DE BAILE. — Es para demostraros la excelencia y utilidad del baile y de la música.

JOURDAIN. — Ahora lo comprendo.

PROF. DE MUSICA. — ¿Queréis ver nuestra labor?

JOURDAIN. — Sí.

PROF. DE MUSICA. — Como ya os he dicho, se trata de un pequeño ensayo que hice antaño sobre las diversas pasiones que puede expresar la música.

JOURDAIN. — Muy bien.

PROF. DE MUSICA. — (A los Músicos.) Vamos, adelantaos. (Al señor Jourdain.) Debéis imaginaros que están vestidos de pastores.

JOURDAIN. — ¿Por qué pastores siempre? No se ve más que eso en todos sitios.

PROF. DE BAILE. — Cuando hay que hacer hablar con música, es preciso, en atención a la verosimilitud, recurrir al elemento pastoril. El canto ha sido asignado en toda época a los pastores, y no resulta nada natural, en un diálogo, que los príncipes o unos burgueses canten sus pasiones.

JOURDAIN. — Sea, sea. Veamos.

DIALOGO CON LA MUSICA

Una MUSICA y dos MUSICOS

LA MUSICA

Un corazón, bajo el yugo amoroso,
está siempre temblando de ansiedad.
Cura uno que suspira y que sufre gustoso;
mas pese a un juramento tan hermoso
nada hay tan dulce cual la libertad.

MUSICO PRIMERO

Nada hay tan dulce como ese tierno afán
con que dos corazones palpitan a la par
con un mismo deseo;
no hay dicha sin deseos amorosos.
Si declina el amor en la vida,
sus placeres acaban.

MUSICO SEGUNDO

Dulce fuera la ley amorosa

si existiese constancia en amor;
mas, ¡oh fiereza cruel!
no existe pastora fiel,
y este sexo inconstante, indigno de vivir,
debe ya para siempre renunciar al amor.

MUSICO PRIMERO

¡Grato ardor!

LA MUSICA

¡Feliz libertad!

MUSICO SEGUNDO

¡Engafoso sexo!

MUSICO PRIMERO

¡Yo sin ti no vivo!

LA MUSICA

¡Mi corazón es tuyo!

MUSICO SEGUNDO

¡Qué horror me das!

MUSICO PRIMERO

¡Ah, deja para amar ese odio mortal!

LA MUSICA

Podría yo mostrarte
una pastora fiel.

MUSICO SEGUNDO

¡Ay! ¿Dónde encontrarla?

LA MUSICA

Por nuestra propia estimación
te ofrendaré mi corazón.

MUSICO SEGUNDO

Pastora, ¿puedo creer
que me serás siempre fiel?

LA MUSICA

Veremos cuál de los dos
será más tiempo constante.

MUSICO SEGUNDO

¡Que los dioses aniquilen
al que traicione su fe!

LOS TRES A CORO

Dejémonos inflamar
por tan adorables llamas.
¡Ah, qué dulce es el amor
en dos fieles corazones!

JOURDAIN. — ¿Esto es todo?

PROF. DE MUSICA . — Sí.

JOURDAIN. — Lo encuentro bien perfilado, y hay varios dichos bastante lindos.

PROF. DE BAILE. — He aquí, por mi parte, un pequeño ensayo de los más bellos movimientos y actitudes con que puede animarse un baile.

JOURDAIN. — ¿Lo ejecutan también pastores?

PROF. DE BAILE. — Lo harán quienes os plazca. (A los bailarines.) Vamos.

ENTRADA DE BAILABLE

Cuatro bailarines ejecutan todos los diversos movimientos y pasos que el Profesor de baile les ordena

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR JOURDAIN, el PROFESOR DE MUSICA
y el PROFESOR DE BAILE

JOURDAIN. — No es nada insulso, y esa gente se mueve muy bien.

PROF. DE MUSICA. — Cuando vaya el baile acordado con la música, hará aún más efecto; y ya veréis qué galante resulta el pequeño bailable que hemos ideado para vos.

JOURDAIN. — Eso, luego; la persona para quien he mandado organizar todo esto va a hacerme el honor de venir a comer aquí.

PROF. DE BAILE. — Todo está preparado.

PROF. DE MUSICA. — Por otra parte, señor, no es bastante; es preciso que una persona tan magnífica como vos, y con vuestra afición a las bellas cosas, dé un concierto en su casa todos los miércoles o todos los jueves.

JOURDAIN. — ¿Los dan, acaso, las personas de categoría?

PROF. DE MUSICA. — Sí, señor.

JOURDAIN. — Los daré entonces. ¿Resultará bonito?

PROF. DE MUSICA. — Sin duda; necesitaréis tres voces: un tiple, un contralto y un bajo, que serán acompañados por un bajo de viola, una tiorba y un clavecino para los bajos continuos, con dos triples de violín para ejecutar los ritornelos.

JOURDAIN. — Habría también que añadir una trompeta ma-

rina. La trompeta marina es un instrumento que me gusta y que resulta armonioso.

PROF. DE MUSICA. — Dejadnos a nosotros organizar las cosas.

JOURDAIN. — No os olvidéis, por lo menos, de enviar en seguida unos músicos, para que canten durante la comida.

PROF. DE MUSICA. — Tendréis lo que necesitáis.

JOURDAIN. — Mas, sobre todo, que el bailable sea bello.

PROF. DE MUSICA. — Quedaréis contento, y, entre otras cosas, de ciertos minués que en él presenciareis.

JOURDAIN. — ¡Ah! Los minués son mi danza preferida, y quiero que veáis cómo los bailo. Vamos, maestro.

PROF. DE BAILE. — Un sombrero, si os place, señor. (El señor Jourdain coge el sombrero de su Lacayo y se lo coloca sobre su gorro de dormir. Su Profesor le coge las manos y le hace bailar con una música de minué que va él cantando.) La, la. Con cadencia, por favor. La, la, la, la, la. La pierna derecha. La, la, la. No mováis tanto los hombros. La, la, la, la, la, la, la, la, la. Parecéis tener los brazos lisiados. La, la, la, la. Levantad la cabeza. Volved la punta del pie hacia afuera. La, la, la. Erguid el cuerpo.

JOURDAIN. — ¡Eh!

PROF. DE MUSICA. — Está muy bien.

JOURDAIN. — ¡A propósito! Enseñadme cómo hay que hacer la reverencia para saludar a una marquesa, necesitare saberlo dentro de poco.

PROF. DE BAILE. — ¿La reverencia para saludar a la marquesa?

JOURDAIN. — Sí; una marquesa que se llama Dorimena.

PROF. DE BAILE. — Dadme la mano.

JOURDAIN. — No; hacedlo vos mismo; lo recordaré.

PROF. DE BAILE. — Si queréis saludarla con mucho respeto, hay que hacer primero una reverencia, retrocediendo, y luego ir hacia ella haciendo otras tres reverencias, y en la última inclinaros hasta sus rodillas.

JOURDAIN. — Hacedlo un momento... (Después de haber hecho tres reverencias el Profesor de baile.) ¡Bien!

ESCENA II

Los mismos y un LACAYO

EL LACAYO. — Señor, ahí está vuestro maestro de armas.
JOURDAIN. — Dile que entre aquí para darme la lección. (Al Profesor de música y al de baile.) Quiero que veáis cómo lo hago.

ESCENA III

Los mismos, un MAESTRO DE ARMAS y un LACAYO,
elevando dos floretes

MAESTRO DE ARMAS. — (Después de haber cogido los dos floretes de manos del Lacayo y de ofrecer uno al señor Jourdain.) Vamos, señor; el saludo. El cuerpo, recto. Un poco inclinado sobre el muslo izquierdo. No tan separadas las piernas. Los pies, en una misma línea. La muñeca ante vuestra cadera. La punta de la espada, en la línea de vuestro hombro. No tan estirado el brazo. La mano izquierda, a la altura del ojo. El hombro izquierdo, más fuera de la línea. La cabeza, erguida. La mirada, resuelta. Avanzad. El cuerpo firme. Tocad mi espada en cuarta y terminad lo mismo. Una, dos. Repetido. A fondo, sin moveros del sitio. Un salto atrás. Cuando tiréis la estocada, señor, es preciso que la espada en tercera, parta lo primero y que el cuerpo esté bien cubierto. Una, dos. Vamos, tocad mi espada en tercera y terminad lo mismo. Avanzad. El cuerpo firme. Avanzad. Tiraos a fondo desde aquí. Una, dos. Repetido. Más de prisa. Un salto hacia atrás. ¡En guardia, señor; en guardia! (El Maestro de armas le tira dos o tres estocadas, diciéndole: "¡En guardia!")

JOURDAIN. — ¡Eh!

PROF. DE MUSICA. — Hacéis maravillas.

MAESTRO DE ARMAS. — Ya os he dicho que el secreto de las armas consiste tan sólo en dos cosas: en dar y en no recibir. Y, como os hice ver el otro día, a título demostrativo, es imposible que recibáis si sabéis apartar la espada de vuestro adversario de la línea de vuestro cuerpo, lo cual no depende más que de un pequeño movimiento de muñeca hacia dentro o hacia fuera.

JOURDAIN. — Entonces, de ese modo, cualquier hombre, aun no siendo esforzado, ¿puede estar seguro de matar a su contrincante y de que no le maten a él?

MAESTRO DE ARMAS. — Sin duda. ¿No visteis la demostración?

JOURDAIN. — Sí.

MAESTRO DE ARMAS. — Por ella se advierte la consideración en que debe tenernos el Estado, y hasta qué punto la ciencia de las armas supera manifiestamente a todas las ciencias inútiles, como la danza, la música la...

PROF. DE BAILE. — Poco a poco, señor tirador de armas. Hablad de la danza con respeto.

PROF. DE MUSICA. — Os ruego que aprendáis a tratar mejor la grandeza de la música.

MAESTRO DE ARMAS. — ¡Sois unas gentes divertidas al querer comparar vuestras ciencias con la mía!

PROF. DE MUSICA. — ¡Vaya con el hombre importante!

PROF. DE BAILE. — ¡Qué animal más chusco con su peto.

MAESTRO DE ARMAS. — Mi pobre maestrillo de baile, os voy a hacer danzar como es debido. Y a vos, mi buen músico, os haré cantar lindamente.

PROF. DE BAILE. — Señor vareador de hierro, yo os enseñaré vuestro oficio.

JOURDAIN. — (Al Profesor de baile.) ¿Estáis locos en provocarle a él, que entiende de tercera y de cuarta y que sabe matar a un hombre a título demostrativo?

PROF. DE BAILE. — Yo me río de su título demostrativo, de su tercera y de su cuarta.

JOURDAIN. — (Al Profesor de baile.) Callandito, os digo.

MAESTRO DE ARMAS. — (Al Profesor de baile.) ¡Cómo! ¡Impertinentuelo!

JOURDAIN. — ¡Eh, maestro!

PROF. DE BAILE. — (Al Maestro de armas.) ¡Cómo! ¡Gran mamarracho!

JOURDAIN. — ¡Eh, profesor!

MAESTRO DE ARMAS. — Si me lanzo sobre vos

JOURDAIN. — (Al Maestro de armas.) ¡Cuidado!

PROF. DE BAILE. — Si os pongo encima la mano

JOURDAIN. — (Al Profesor de baile.) ¡Poco a poco!

MAESTRO DE ARMAS. — Os daré una buena zorra

JOURDAIN. — (Al Maestro de armas.) ¡Por favor!

PROF. DE BAILE. — Os aporreará de un modo...

JOURDAIN. — (Al Profesor de baile.) Os lo ruego

PROF. DE MUSICA. — Dejadnos que le enseñemos a hablar.

JOURDAIN. — (Al Profesor de música.) ¡Deteneos, Dios mío!

ESCENA IV

Los mismos, el PROFESOR DE FILOSOFIA
y un LACAYO

JOURDAIN. — ¡Hola, señor filósofo! Llegáis a punto con vuestra filosofía. Venid a poner paz entre estas personas.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Qué es ello? ¿Qué ocurre, señores?

JOURDAIN. — Se han encolerizado por la preeminencia de sus profesiones, hasta injuriarse y querer llegar a las manos.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Cómo, señores! ¿Hay que arrebatar así? ¿No habéis leído el docto tratado que ha escrito Séneca sobre la cólera? ¿Hay algo más bajo y vergonzoso

que esa pasión, que convierte a un hombre en una bestia feroz? ¿Y no debe la razón dominar todos nuestros impulsos?

PROF. DE BAILE. — ¡Cómo, señor! ¡Acaba de injuriarnos a los dos, despreciando el baile que yo enseñé, y la música, que es la profesión de este caballero!

PROF. DE FILOSOFIA. — El hombre sabio está por encima de todas las injurias que puedan dirigirse; y la mejor res-

puesta que debe darse a los ultrajes es la moderación y la paciencia.

MAESTRO DE ARMAS. — Los dos tienen la osadía de querer comparar sus profesiones con la mía.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Y eso os altera? Los hombres no deben disputar por la calidad y la vanagloria; lo único que nos distingue perfectamente a unos de otros es la sabiduría y la virtud.

PROF. DE BAILE. — Yo sostengo que el baile es una ciencia a la cual no se honrará nunca lo bastante.

PROF. DE MUSICA. — Y yo, que la música es otra ciencia venerada en todos los siglos.

MAESTRO DE ARMAS. — Y yo les sostengo a ambos que la ciencia de las armas es la más bella y necesaria de todas.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Qué será, entonces, la filosofía? Os encuentro a los tres muy impertinentes al hablar ante mí con esa arrogancia y al dar el nombre de ciencia a cosas ¡que no puede honrarse siquiera con el nombre de arte! ¡Y que sólo podrían ser comprendidas bajo el nombre de oficio miserable de gladiador, de cantante y de bailarín!

MAESTRO DE ARMAS. — ¡Vaya con el condenado filósofo!

PROF. DE MUSICA. — ¡Vaya con el necio pedante!

PROF. DE BAILE. — ¡Vaya con el grosero!

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Cómo, bergantes!... (El filósofo se precipita sobre ellos y los tres le muelen a golpes.)

JOURDAIN. — ¡Señor filósofo!

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Infames, bribones, insolentes!

JOURDAIN. — ¡Señor filósofo!

MAESTRO DE ARMAS. — ¡Mal haya el animal!

JOURDAIN. — ¡Señores!

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Deslenguado!

JOURDAIN. — ¡Señor filósofo!

PROF. DE BAILE. — ¡Al diablo el muy asno!

JOURDAIN. — ¡Señores!

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Bandidos!

JOURDAIN. — ¡Señor filósofo!

PROF. DE MUSICA. — ¡Al diablo el impertinente!

JOURDAIN. — ¡Señores!

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Picaros, gallasos, felones, impostores!

JOURDAIN. — ¡Señor filósofo! ¡Señores! ¡Señor filósofo! Explicadme qué quiere decir eso.

PROF. DE FILOSOFIA. — Eso quiere decir que, sin la ciencia, la vida es casi una imagen de la muerte.

JOURDAIN. — Ese latín está en lo cierto.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿No tenéis alguna idea, algunas nociones de las ciencias?

ESCENA V

El SEÑOR JOURDAIN y un LACAYO

JOURDAIN. — ¡Oh, daos cuanto gustéis! No intervendré ni pienso estropear mi bata por separaos. Buen loco sería yo en ir a meterme entre ellos para recibir un golpe que me hiciera daño.

ESCENA VI

El PROFESOR DE FILOSOFIA, el SEÑOR JOURDAIN y un LACAYO

PROF. DE FILOSOFIA. — (Arreglándose la valona.) Empecemos nuestra lección.

JOURDAIN. — ¡Ah, señor, lamento los golpes que os han dado!

PROF. DE FILOSOFIA. — Esto no es nada. Un filósofo sabe recibir las cosas como es debido, y voy a componer una sátira contra ellos en el estilo de Juvenal que los pulverizará. Dejemos eso. ¿Qué queréis aprender?

JOURDAIN. — Todo lo que pueda, pues tengo los mayores

deseos de ser sabio; me subleva que mis padres no me hayan hecho estudiar bien todas las ciencias cuando era yo joven.

PROF. DE FILOSOFIA. — Ese sentimiento es razonable; nam, sine doctrina vita est quasi mortis imago. Esto lo entendéis y sabéis el latín. sin duda.

JOURDAIN. — Sí; mas obrad como si no lo supiera.

JOURDAIN. — ¡Oh, sí! Sé leer y escribir.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Por dónde queréis que empecemos? ¿Deseáis que os enseñe lógica?

JOURDAIN. — ¿Qué es esa lógica?

PROF. DE FILOSOFIA. — La ciencia que enseña las tres operaciones del espíritu.

JOURDAIN. — ¿Y cuáles son esas tres operaciones del espíritu?

PROF. DE FILOSOFIA. — La primera, la segunda y la tercera. La primera es concebir bien, por medio de los universales; la segunda, juzgar bien, por medio de las categorías, y la tercera, sacar bien una consecuencia, por medio de las figuras: Barbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralipon, etcétera.

JOURDAIN. — He aquí unas palabras demasiado enrevesadas. Esa lógica no me agrada. Aprendamos otra cosa que sea más linda.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Queréis aprender la moral?

JOURDAIN. — ¿La moral?

PROF. DE FILOSOFIA. — Sí.

JOURDAIN. — ¿Y qué dice esa moral?

PROF. DE FILOSOFIA. — Trata de la felicidad, enseño a los hombres a moderar sus pasiones y . . .

JOURDAIN. — No; dejemos eso. Soy más bilioso que el diablo, y no hay moral que valga; quiero enfurecerme a mis anchas y cuando me plazca.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Queréis aprender física?

JOURDAIN. — ¿Y qué dice esa física?

PROF. DE FILOSOFIA. — La física es la que explica los principios de las cosas naturales y las propiedades del cuerpo; la que discurre sobre la naturaleza de los elementos, de los metales, de los minerales, de las piedras, de las plantas y de los animales, y la que nos enseña la causa de todos los

meteoros: el arco iris el rayo, la lluvia, la nieve, el granizo, los vientos y los torbellinos.

JOURDAIN. — Hay demasiado alboroto en eso, demasiado baturrillo.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Qué queréis, entonces, que os enseñe?

JOURDAIN. — Enseñadme la ortografía.

PROF. DE FILOSOFIA. — Con mucho gusto.

JOURDAIN. — Después me enseñaréis el almanaque para saber cuándo hay luna y cuándo no la hay.

PROF. DE FILOSOFIA. — Sea. Para atender bien a vuestro pensamiento y tratar esta materia como filósofo, hay que empezar, conforme al orden de las cosas, por un exacto conocimiento de la naturaleza, de las letras y de las diferentes maneras de pronunciarlas. Y sobre esto debo deciros que las letras se dividen en vocales, porque expresan las voces; y en consonantes, llamadas así porque suenan con las vocales y marcan únicamente las diversas articulares de las voces. Hay cinco vocales: A, E, I, O, U.

JOURDAIN. — Todo esto lo entiendo.

PROF. DE FILOSOFIA. — La voz A se forma abriendo mucho la boca: A.

JOURDAIN. — A, A, sí.

PROF. DE FILOSOFIA. — La voz E se forma aproximando la quijada inferior a la superior: A, E.

JOURDAIN. — A, E; A, E. Sí, a fe mía. ¡Ah! ¡Qué bello es esto!

PROF. DE FILOSOFIA. — Y la voz I, acercando todavía más las quijadas y separando las comisuras de la boca hacia las orejas: A, E, I.

JOURDAIN. — A, E, I, I, I. Es cierto. ¡Viva la ciencia!

PROF. DE FILOSOFIA. — La voz O se forma separando nuevamente las quijadas y acercando las comisuras de los labios, y el superior al inferior: O.

JOURDAIN. — O, O. No hay nada más exacto: A, E, I, O, I, O. ¡Es admirable! I, O; I, O.

PROF. DE FILOSOFIA. — La abertura de la boca forma precisamente como un redondelito que representa una O.

JOURDAIN. — O, O, O. Tenéis razón. O. ¡Ah! ¡Qué bello es saber algo!

PROF. DE FILOSOFIA. — La voz U se forma aproximando los dientes, sin juntarlos por completo, y alargando los labios hacia afuera, acercándolos también uno a otro, sin unirlos del todo: U.

JOURDAIN. — U, U. No hay nada más cierto. U.

PROF. DE FILOSOFIA. — Vuestros labios se alargan como si hicierais una mueca, de lo cual se desprende que, si queréis jugársela a alguien o burlados de él, no tendréis más que decirle: U.

JOURDAIN. — U, U. Es verdad. ¡Ah! ¡Por qué no habré estudiado antes para saber todo esto!

PROF. DE FILOSOFIA. — Mañana veremos las otras letras, que son las consonantes.

JOURDAIN. — ¿Es que hay cosas tan curiosas como ésta?

PROF. DE FILOSOFIA. — Sin duda. La consonante D, por ejemplo, se pronuncia dando con la punta de la lengua sobre los dientes de arriba: DA.

JOURDAIN. — DA, DA. Sí. ¡Ah, qué bellas cosas! ¡Qué bellas cosas!

PROF. DE FILOSOFIA. — La F, apoyando los dientes de arriba sobre el labio inferior: FA.

JOURDAIN. — FA, FA. Es verdad. ¡Ah, padres míos, qué rencor os guardo!

PROF. DE FILOSOFIA. — Y la R, llevando la punta de la lengua hasta lo alto del paladar, de manera que, al ser rozada por el aire que sale con fuerza, cede ante él y vuelve siempre al mismo sitio con una especie de temblor: R, RA.

JOURDAIN. — R, R, RA, R, R, R, R, R, R, RA. Es verdad. ¡Ah, qué hombre más hábil sois y cuánto tiempo he perdido! R, R, R, RA.

PROF. DE FILOSOFIA. — Ya os explicaré a fondo todas estas curiosidades.

JOURDAIN. — Os lo ruego. Por lo demás, tengo que hacer una confidencia. Estoy enamorado de una persona de elevada clase, y desearía que me ayudaseis a escribirle algo en un billete que quiero dejar caer a sus pies.

PROF. DE FILOSOFIA. — ¡Muy bien!

JOURDAIN. — Sí; resultará galante.

PROF. DE FILOSOFIA. — Sin duda. ¿Son versos lo que queréis escribir?

JOURDAIN. — No, no; nada de versos. . .

PROF. DE FILOSOFIA. — ¿Prosa tan sólo?

JOURDAIN. — No; no quiero ni verso ni prosa.

PROF. DE FILOSOFIA. — Ha de ser necesariamente una cosa u otra.

JOURDAIN. — ¿Por qué?

PROF. DE FILOSOFIA. — Por la razón, señor, de que para expresarse, no hay más que la prosa o los versos.

JOURDAIN. — ¿No hay más que la prosa o los versos?

PROF. DE FILOSOFIA. — No, señor. Todo lo que no es prosa es verso, y todo lo que no es verso es prosa.

JOURDAIN. — Y como uno habla, ¿qué es ello?

PROF. DE FILOSOFIA. — Prosa.

JOURDAIN. — ¡Cómo! Cuando digo: "Nicolasa, traedme mis pantuflas y dadme mi gorro de dormir", ¿esto es prosa?

PROF. DE FILOSOFIA. — Sí, señor.

JOURDAIN. — A fe mía, hace más de cuarenta años que hablo en prosa sin saberlo; os quedo muy agradecido por habérmelo enseñado. Quisiera, pues, ponerle en un billete: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor"; mas desearía que esto estuviese escrito de una manera galante; que apareciera lindamente expresado.

PROF. DE FILOSOFIA. — Pondremos que los fuegos de sus ojos reducen a cenizas vuestro corazón; que sufrís noche y día las violencias de un. . .

JOURDAIN. — No, no, no; no me gusta nada de eso. Quiero únicamente lo que os he dicho: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor."

PROF. DE FILOSOFIA. — Habrá que extender un poco la cosa.

JOURDAIN. — No, os digo. No quiero más palabras que ésas en el billete, pero puestas a la moda y arregladas como es debido. Os ruego que me digáis, para que yo lo vea, las diversas maneras en que puede redactarse.

PROF. DE FILOSOFIA. — Puede redactarse, lo primero, como habéis dicho: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me

hacen morir de amor." O si no: "De amor morir, me hacen, bella marquesa, vuestros bellos ojos." Y también: "Vuestros bellos ojos, de amor me hacen, bella marquesa, morir." O si no: "Morir, vuestros bellos ojos, bella marquesa, de amor me hacen." O si no: "Me hacen vuestros ojos bellos morir, marquesa, de amor."

JOURDAIN. — Mas ¿cuál es la mejor de todas esas maneras?

PROF. DE FILOSOFIA. — La que habéis dicho: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor."

JOURDAIN. — Y, sin embargo, no he estudiado, y esto me ha salido a la primera. Os doy las gracias de todo corazón, y os ruego que vengáis mañana temprano.

PROF. DE FILOSOFIA. — No faltaré.

ESCENA VII

El SEÑOR JOURDAIN y un LACAYO

JOURDAIN. — (A su Lacayo.) ¡Cómo! ¿No ha llegado aún mi traje?

LACAYO. — No, señor.

JOURDAIN. — ¡Este maldito sastre, hacerme esperar un día en que tengo tantos asuntos! Estoy desesperado. ¡Que le dé la fiebre cuartana a ese verdugo! ¡Al diablo el tal sastre! ¡Que se lo lleve la peste! Si le cogiera ahora a ese sastre aborrecible, a ese condenado sastre, a ese pérfido sastre, le...

ESCENA VIII

El SEÑOR JOURDAIN, el MAESTRO SASTRE, un OFICIAL DE SASTRE, que lleva el traje del señor Jourdain, y un LACAYO

JOURDAIN. — ¡Ah, ya está aquí! Iba a enfurecerme contra vos.

MAESTRO SASTRE. — No he podido venir antes, y eso que he empleado veinte oficiales en vuestro traje.

JOURDAIN. — Me habéis enviado unas medias de seda tan estrechas, que he pasado todos los apuros del mundo para ponérmelas, y ya se han roto dos mallas.

MAESTRO SASTRE. — Así se ensancharán mejor.

JOURDAIN. — Sí, cuando se rompan todas las mallas. Me habéis encargado también unos zapatos que me hacen un daño terrible.

MAESTRO SASTRE. — Nada de eso, señor.

JOURDAIN. — ¡Cómo que nada de eso!

MAESTRO SASTRE. — No, no os hacen daño.

JOURDAIN. — Pues yo os digo que me hacen daño.

MAESTRO SASTRE. — Os lo imaginaréis.

JOURDAIN. — Me lo imagino porque lo siento. ¡Vaya una razón!

MAESTRO SASTRE. — Mirad: he aquí el más hermoso traje de la Corte, el mejor asentado. Es una obra maestra haber inventado un traje serio que no fuese negro, y yo se lo brindo a los sastres más ilustres.

JOURDAIN. — ¿Qué es esto? ¿Habéis puesto las flores abajo?

MAESTRO SASTRE. — No me habiais dicho que las queriais arriba.

JOURDAIN. — ¿Es necesario decirlo?

MAESTRO SASTRE. — Sí, realmente. Todas las personas de calidad las llevan así.

JOURDAIN. — ¿Las personas de calidad las llevan abajo?

MAESTRO SASTRE. — Sí, señor.

JOURDAIN. — ¡Oh! Entonces está muy bien.

MAESTRO SASTRE. — Si queréis las pondré arriba.

JOURDAIN. — No, no.

MAESTRO SASTRE. — No tenéis más que decirlo.

JOURDAIN. — Os digo que no; habéis hecho bien. ¿Creéis que me sienta mejor el traje?

MAESTRO SASTRE. — ¡Bonita pregunta! Desafío a un pintor, con su pincel, a que os haga nada más acertado. Tengo en mi taller un oficial que es el mejor genio del mundo cortando reigraves, y otro que es el héroe de nuestro tiempo acoplando jubones.

JOURDAIN. — ¿La peluca y las plumas quedan como es debido?

MAESTRO SASTRE. — Todo está bien.

JOURDAIN. — (Examinando al Maestro sastre.) ¡Ah, ah!, maestro. Esta es la tela del último traje que me hicisteis. La reconozco muy bien.

MAESTRO SASTRE. — Es que me pareció tan bonita que quise hacerme yo otro.

JOURDAIN. — Sí; mas no debierais haberlo sacado del mío.

MAESTRO SASTRE. — ¿Queréis probaros vuestro traje?

JOURDAIN. — Sí; dádmelo.

MAESTRO SASTRE. — Esperad. No es cosa tan fácil. He traído ayudantes para vestiros a compás; esta clase de indumentos se ponen con mucha ceremonia. ¡Hola! ¡Entrad vosotros!

ESCENA IX

Los mismos, unos OFICIALES DE SASTRE,
BAILARINES y un LACAYO

MAESTRO SASTRE. — (A sus Oficiales.) Poned este traje al señor tal como lo hacéis con las personas de calidad.

PRIMER INTERMEDIO BAILABLE

Los cuatro OFICIALES DE SASTRE, bailarines, se acercan al señor Jourdain. Dos le quitan los calzones de sus ejercicios; los otros dos le sacan la camisola; después de lo cual, y siempre al compás, le ponen su traje nuevo. El señor Jourdain se pasea entre ellos y les muestra su traje para ver si le queda bien

OFICIAL DE SASTRE. — Noble caballero, dad algo de propina, si os place, a los oficiales.

JOURDAIN. — ¿Cómo me habéis llamado?

OFICIAL DE SASTRE. — Noble caballero.

JOURDAIN. — ¡Noble caballero! ¡Para esto sirve el vestirse de personaje! Si permanecéis siempre vestido de burgués, no os llamarán nunca noble caballero. (Dando dinero.) Tomad: ahí va eso por lo de noble caballero.

OFICIAL SASTRE. — Monseñor, os quedamos muy agradecidos.

JOURDAIN. — ¡Monseñor! ¡Oh, oh! ¡Monseñor! Esperad, amigo mío: ese monseñor merece algo. ¡Ahí no es nada, monseñor! Tomad. ¡Ved lo que os da monseñor!

OFICIAL SASTRE. — Monseñor, vamos todos a beber a la salud de vuestra grandeza.

JOURDAIN. — ¿Vuestra grandeza? ¡Oh, oh! Esperad no os vayáis. ¡Decirme a mí vuestra grandeza! (Bajo, aparte.) A fe mía, si llega hasta el alteza, se lleva toda mi bolsa. (Alto.) Tomad esto, por mi grandeza.

OFICIAL SASTRE. — Monseñor, os agradecemos muy humildemente vuestras larguezas.

JOURDAIN. — Ha hecho bien; iba a dárselo todo.

ESCENA X

SEGUNDA ENTRADA DE BAILABLE

Los cuatro OFICIALES DE SASTRE se regocijan, bailando, de la generosidad del señor Jourdain

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR JOURDAIN y dos LACAYOS

JOURDAIN. — Seguidme: voy a lucir un poco mi traje por la ciudad; cuidado, sobre todo los dos, de ir siguiendo muy de cerca mis pasos, a fin de que se vea bien que me pertenecéis.

LACAYO. — Sí, señor.

JOURDAIN. — Llamad a Nicolasa; tengo que darle algunas órdenes. No os mováis de aquí.

ESCENA II

Los mismos y NICOLASA

JOURDAIN. — ¡Nicolasa!

NICOLASA. — ¿Qué queréis?

JOURDAIN. — Escuchad.

NICOLASA. — (Riéndose.) ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¿De qué te ríes?

NICOLASA. — ¡Ji, ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¿Qué quiere decir esto, picara?

NICOLASA. — ¡Ji, ji, ji! ¡Cómo os habéis puesto. Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¡Cómo!

NICOLASA. — ¡Ja, ja, ja! ¡Dios mío! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¡Ved esta bribona! ¿Te burlas de mí?

NICOLASA. — Nada de eso, señor; ni por asomo. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — Te daré en las narices como sigas riéndote.

NICOLASA. — Señor, no puedo evitarlo. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¿No vas a parar?

NICOLASA. — Señor, os pido perdón; pero estáis tan gracioso que no puedo tenerme de risa. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¡Habrás visto insolencia!

NICOLASA. — ¡Estáis tan chusco así! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — Te voy...

NICOLASA. — Os ruego que me excuséis. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — Mira: si te ríes ya lo más mínimo, te juro que te atizo en el carrillo el mayor bofetón que se ha dado nunca.

NICOLASA. — Bien, señor; ya está: no me reiré más.

JOURDAIN. — Ten mucho cuidado en ello. Has de limpiar en seguida...

NICOLASA. — ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — Tienes, repito, que limpiar el salón y...

NICOLASA. — ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¿Otra vez?

NICOLASA. — (Desplomándose en el suelo de risa.) Mirad, señor: pegadme si queréis, pero dejad que me ría a mis anchas. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¡Me sofoca la rabia!

NICOLASA. — Por favor, señor: os ruego que me dejéis reír. ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — Si te cojo...

NICOLASA. — ¡Señor..., señor..., señor: reventaré si no me río! ¡Ji, ji, ji!

JOURDAIN. — ¿Hase visto jamás una bigarda como ésta, reírse de mí con toda insolencia, en mis narices, en vez de recibir mis órdenes?

NICOLASA. — ¿Qué queréis que haga, señor?

JOURDAIN. — Pues que pienses, bribona, en preparar mi casa para los invitados que van a llegar dentro de un momento.

NICOLASA. — (Levantándose.) ¡Ah, ya no tengo ganas de reír,

a fe mía, y todos vuestros invitados arman tal alboroto ahí dentro que esa palabra es suficiente para ponerme de mal humor!

JOURDAIN. — ¿Debo yo por ti cerrar mi puerta a todo el mundo?

NICOLASA. — Deberíais, cuando menos, cerrarla a ciertas gentes.

ESCENA III

la SEÑORA DE JOURDAIN, el SEÑOR JOURDAIN,
NICOLASA y dos LACAYOS

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Ah, ah! ¡Esta es otra novedad! ¿Qué atavío es ése, esposo mío? ¿Os chanceáis del mundo al haceros engualdrapar así? ¿Y tenéis ganas de que se mofen de vos por todas partes?

JOURDAIN. — Sólo los necios y las necias, esposa mía, se burlarán de mí.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Realmente, no han esperado hasta hoy; hace mucho tiempo que vuestro modo de comportaros hace reír a todo el mundo.

JOURDAIN. — ¿Y cuál es ese mundo si os place?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Todo ese mundo es un mundo que tiene razón y que es más sensato que vos. Por mi parte, estoy escandalizada de la vida que lleváis. Ya no sé lo que es nuestra casa. Diríase que hay dentro de ella un Carnaval diario, y desde por las mañanas, para que no se olvide, se oye un estruendo de violines y de cantores que molestan a toda la vecindad.

NICOLASA. — La señora dice bien. No podré yo nunca ver la casa limpia con esa pandilla de gentes a quienes invitáis. Sus pies van a buscar el lodo a todos los barrios de la ciudad para traerlo aquí, y la pobre Francisca está cansada de frotar los suelos que vuestros invitados vienen a enlodar con regularidad todos los días.

JOURDAIN. — ¡Vaya con vuestra sirvienta Nicolasa! ¡Tiene un pico muy fino para ser aldeana!

SEÑORA DE JOURDAIN. — Nicolasa tiene razón, y posee mejor sentido que vos. Quisiera yo saber qué pensáis hacer con un profesor de baile a vuestra edad.

NICOLASA. — Y con ese grandullón maestro de armas que viene con sus pataleos a conmover toda la casa y a desprender todos los cristales de nuestra sala.

JOURDAIN. — Callaos, esposa y sirvienta mías.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Es que queréis aprender a bailar para cuando ya no tengáis piernas?

NICOLASA. — ¿Es que tenéis intención de matar a alguien?

JOURDAIN. — Callaos, os digo; sois unas ignorantes las dos, y no sabéis las ventajas de todo esto.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Mejor sería que pensarais en casar a vuestra hija, que está en edad de ser maridada.

JOURDAIN. — Ya pensaré en casar a mi hija cuando se presente un partido para ella; mas quiero pensar también en aprender las bellas cosas.

NICOLASA. — He oído decir, asimismo, señora, que ha tomado hoy, para colmo, un profesor de filosofía.

JOURDAIN. — Claro que sí. Quiero tener talento y saber razonar las cosas entre la gente honrada.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿No iréis también, uno de estos días, al colegio para que os den palmetazos a vuestra edad?

JOURDAIN. — ¿Por qué no? ¡Plegue al Cielo que me los den en seguida delante de todo el mundo, pero que sepa yo lo que se aprende en el colegio!

NICOLASA. — ¡A fe mía!, eso y agua de borrajas es lo mismo.

JOURDAIN. — Sin duda.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Todo eso es muy necesario para gobernar vuestra casa!

JOURDAIN. — Seguramente. Habláis las dos como unas brutas, y me avergüenza vuestra ignorancia. (A la señora de Jourdain.) ¿Sabéis, por ejemplo, cómo estáis hablando en este momento?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Sí, sé que lo que hablo está muy bien dicho, y que deberíais pensar en vivir de otro modo.

JOURDAIN. — No me refiero a eso. Os pregunto lo que son

las palabras que estáis diciendo ahora.
SEÑORA DE JOURDAIN. — Son palabras muy cuerdas y vuestra conducta no lo es.
JOURDAIN. — No me refiero tampoco a eso. Os pregunto: ¿qué es lo que os hablo, lo que yo os digo en este momento?
SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Patrañas!
JOURDAIN. — ¡No; no es eso! ¿Lo que decimos ambos, en qué lenguaje hablamos en estos momentos?
SEÑORA DE JOURDAIN. — Bueno; ¿qué?
JOURDAIN. — ¿Cómo se llama esto?
SEÑORA DE JOURDAIN. — Pues como quiera llamarse.
JOURDAIN. — Es prosa.
SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Prosa?
JOURDAIN. — Sí, prosa. Todo lo que es prosa no es verso, y lo que es verso no es prosa. ¡Eh! Ved para lo que sirve estudiar. (A Nicolasa.) Y tú, ¿sabes cómo hay que hacer para decir U?
NICOLASA. — ¡Cómo!
JOURDAIN. — Sí. ¿Qué haces cuando dices U?
NICOLASA. — ¿Qué?
JOURDAIN. — Di U, para verlo.
NICOLASA. — Pues bien: ¡U!
JOURDAIN. — ¿Y qué haces?
NICOLASA. — Digo U.
JOURDAIN. — Sí; mas cuando dices U, ¿qué haces?
NICOLASA. — Hago lo que me decís.
JOURDAIN. — ¡Oh, es cosa singular tratar con brutas! Alargas los labios hacia afuera y acerca la quijada superior a la inferior: "U", ¿ves? Hago el gesto: "U".
NICOLASA. — Sí; ¡vaya cosa!
SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Es maravilloso!
JOURDAIN. — Pues es distinto si hubiera dicho O, y DA, DA, y FA, FA.
SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué significa todo ese galimatías?
NICOLASA. — ¿A qué viene todo esto?
JOURDAIN. — Me irrita ver mujeres ignorantes.
SEÑORA DE JOURDAIN. — Vamos, deberíais mandar a paseo a todas esas gentes con sus paparruchas.

NICOLASA. — Y, sobre todo, a esa gran estantigua del maestro de armas, que llena de polvo toda la casa.
JOURDAIN. — ¡Quita allá! ¡Mucho os preocupa ese maestro de armas! Quiero demostrarte tu impertinencia ahora mismo. (Después de haber hecho traer unos floretes, y entregado uno a Nicolasa.) Ten. Título demostrativo. La línea del cuerpo. Cuando se ataca en cuarta no hay más que hacer esto, y en tercera, esto. He aquí el medio de que no le maten a uno nunca, ¿y no es hermoso estar seguro del triunfo cuando se bate uno con alguien? Anda, ataca un poco, para que veas.
NICOLASA. — Bien, ¿y qué? (Nicolasa tira varias estocadas al señor Jourdain.)
JOURDAIN. — ¡Cuidado! ¡Hola! ¡Hop! ¡Despacio! ¡Diantre con la bribona!
NICOLASA. — Como me decís que os ataque...
JOURDAIN. — Sí; pero me atacas en tercera antes de hacerlo en cuarta, y no me das tiempo a parar.
SEÑORA DE JOURDAIN. — Estáis loco, esposo mío, con todas esas extravagancias, y se os ha ocurrido esto desde que frecuentáis con la nobleza.
JOURDAIN. — Frecuentando el trato con la nobleza revelo mi buen juicio, y mejor es esto que frecuentar el de vuestra burguesía.
SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡No cabe duda! Mucho se gana frecuentando el trato de vuestros nobles ¡y bien habéis obrado con ese apuesto señor conde, de quien estáis encaprichado!
JOURDAIN. — ¡Silencio! Pensad en lo que decís. ¿Os dais cuenta realmente, esposa mía, de que no sabéis de quien habláis al reiros de él? Es una persona más importante de lo que pensáis, un señor considerado en la Corte, y que habla al rey como os hablo yo. ¿Y no es cosa que me honra grandemente el que vean acudir a mi casa, con tanta frecuencia, a una persona de semejante calidad, que me llama "querido amigo" y que me trata como si fuera su igual? Tiene conmigo amabilidades inconcebibles, y delante de todo el mundo me prodiga caricias que a mí mismo me confunden.
SEÑORA DE JOURDAIN. — Sí; tiene con vos amabilidades, y os hace caricias; pero os saca vuestro dinero.

JOURDAIN. — Y qué, ¿no es un honor para mí prestar dinero a un hombre de semejante condición? ¿Y qué menos puedo hacer por un señor que me llama amigo suyo?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Y él, ¿qué hace por vos?

JOURDAIN. — Cosas que asombrarían si se supieran.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué?

JOURDAIN. — ¡Basta! No puedo explicarme. Es suficiente con que, si le he prestado dinero, me lo devuelva, y muy pronto.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Sí. Esperadlo sentado.

JOURDAIN. — Indudablemente. ¿No me lo ha dicho él?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Sí, sí; no dejará de faltar a su palabra.

JOURDAIN. — Me lo ha jurado por su fe de caballero.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Patrañas!

JOURDAIN. — ¡Quitad allá! ¡Sois muy terca, esposa mía! Os digo que cumplirá su palabra; estoy seguro de ello.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Y yo estoy segura de que no, y de que todas las caricias que os hace son tan sólo para engatusaros.

JOURDAIN. — Callad. Aquí llega.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Sólo nos faltaba esto! Viene, sin duda, una vez más, a pedirnos dinero; me parece que voy a vomitar cuando le veo.

JOURDAIN. — Callad, os digo.

ESCENA IV

Los mismos y DORANTE

DORANTE. — Mi querido señor Jourdain, ¿cómo estáis?

JOURDAIN. — Muy bien, señor, para servirlos modestamente.

DORANTE. — ¿Y la señora Jourdain, aquí presente, cómo está?

SEÑORA DE JOURDAIN. — La señora de Jourdain está como puede.

DORANTE. — ¡Cómo, señor Jourdain! ¡Estáis de lo más elegante del mundo!

JOURDAIN. — Ya veis:

DORANTE. — Tenéis un soberbio aspecto con ese traje; y no hay en la Corte jóvenes más apuestos que vos.

JOURDAIN. — ¡Bah, bah!

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Aparte.) Le está regalando los oídos.

DORANTE. — Dad la vuelta. Resulta muy distinguido.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Aparte.) Sí; tan necio por delante como por detrás.

DORANTE. — A fe mía, señor Jourdain, sentía una singular impaciencia por veros. Sois el hombre que aprecio más en el mundo, y esta mañana, justamente, he hablado de vos en la cámara regia.

JOURDAIN. — Me hacéis un gran honor, caballero. (A la señora de Jourdain.) ¡En la cámara regia!

DORANTE. — Vamos, cubrios.

JOURDAIN. — Señor, es el respeto que os debo.

DORANTE. — ¡Cubrios, Dios mío! Nada de ceremonias entre nosotros os lo ruego.

JOURDAIN. — Señor...

DORANTE. — Cubrios, os digo, señor Jourdain; sois mi amigo.

JOURDAIN. — Y yo, vuestro servidor.

DORANTE. — No me cubriré si no os cubris.

JOURDAIN. — (Cubriéndose.) Prefiero ser descortés que importuno.

DORANTE. — Soy vuestro deudor, como sabéis.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Sí; demasiado lo sabemos.

DORANTE. — Me habéis prestado generosamente dinero en diversas ocasiones haciendo que os guarde, en verdad, una gustosa gratitud.

JOURDAIN. — Señor, os chanceáis.

DORANTE. — Mas yo sé devolver lo que me prestan y agradecer las satisfacciones que me proporcionan.

JOURDAIN. — No lo dudo, señor.

DORANTE. — Quiero solventar el asunto con vos, y he venido aquí para que hagamos juntos nuestras cuentas.

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) ¡Qué!, ¿véis vuestra impertinencia, esposa mía?

DORANTE. — Soy hombre a quien le gusta saldar sus deudas lo ante posible.

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) Ya os lo decía yo.

DORANTE. — Veamos lo que os debo.

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) ¿Veis lo que son vuestras ridículas sospechas?

DORANTE. — ¿Recordáis bien todo el dinero que me habéis prestado?

JOURDAIN. — Creo que sí. He hecho un pequeño estado. Aquí está. Entregado a vos, doscientos lises, en una ocasión...

DORANTE. — Es cierto.

JOURDAIN. — Y en otra, ciento veinte.

DORANTE. — Sí.

JOURDAIN. — Y en otra, ciento cuarenta.

DORANTE. — Tenéis razón.

JOURDAIN. — Estas tres partidas suman cuatrocientos sesenta lises, que representan cinco mil sesenta libras.

DORANTE. — La cuenta está muy bien. Cinco mil sesenta libras.

JOURDAIN. — Más mil ochocientas treinta y dos dadas a vuestro plumarejo.

DORANTE. — Exactamente.

JOURDAIN. — Más dos mil setecientas ochenta libras a vuestro sastre.

DORANTE. — Es cierto.

JOURDAIN. — Y cuatro mil trescientas setenta y nueve libras con doce sueldos y ocho dineros a vuestro proveedor.

DORANTE. — Muy bien. Doce sueldos y ocho dineros; la cuenta es exacta.

JOURDAIN. — Y mil setecientas cuarenta y ocho libras con siete sueldos y cuatro dineros a vuestro guarnicionero.

DORANTE. — Todo eso es verdad. ¿Qué suma en total?

JOURDAIN. — Suma en total quince mil ochocientas libras.

DORANTE. — Suma total justa. Quince mil ochocientas libras. Añadid otras doscientas pistolas que vais a darme, y así harán exactamente dieciocho mil francos, que os pagaré dentro de pocos días.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, al señor Jourdain.) ¡Eh! ¿Lo había yo adivinado o no?

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) ¡Calla!

DORANTE. — ¿Os molestaría darme lo que os he dicho?

JOURDAIN. — ¡Oh, no!

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, al señor Jourdain.) Este hombre os toma por una vaca lechera.

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) ¡Callaos!

DORANTE. — Si os causa extorsión, iré a buscarlo a otra parte.

JOURDAIN. — No, señor.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, al señor Jourdain.) No se quedará contento hasta que nos haya arruinado.

JOURDAIN. — (A la señora de Jourdain.) Callad, os digo.

DORANTE. — Si esto os trastorna, no tenéis más que decir-melo.

JOURDAIN. — En absoluto, señor.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, al señor Jourdain.) Es un verdadero engatusador.

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) Callaos ya.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, al señor Jourdain.) Os sacará hasta el último sueldo.

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) ¿Os callaréis, al fin?

DORANTE. — Tengo muchas personas que me lo prestarían complacidas; mas como vos sois mi mejor amigo, he creído que os ofendería si se lo pidiera a cualquier otro.

JOURDAIN. — Es demasiado honor, caballero, el que me hacéis. Voy en busca de vuestro encargo.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, al señor Jourdain.) ¡Cómo! ¿Vais a darle eso, además?

JOURDAIN. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) ¿Y qué hacer? ¿Queréis que se lo niegue a un hombre de esta prosapia, que ha hablado de mí esta mañana en la cámara regia?

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Y qué? Vamos; sois un verdadero cándido.

ESCENA V

Los mismos, menos el SEÑOR JOURDAIN

DORANTE. — Parecéis muy melancólica, ¿Qué os pasa, señora de Jourdain?

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Pchs! No me siento ni bien ni mal...

DORANTE. — Y vuestra señora hija, ¿dónde está, que no la veo?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Mi señora hija está bien donde está.

DORANTE. — ¿Y cómo anda?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Pues en dos piernas.

DORANTE. — ¿No querriais venir cualquier día de éstos a ver el bailable de la comedia que representan en Palacio?

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Si, en verdad! Tenemos muchas ganas de reír; muchas ganas de reír tenemos.

DORANTE. — Creo, señora de Jourdain, que habréis tenido muchos cortejadores en vuestra juventud, dados el agradable carácter y la belleza que debíais tener por entonces.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Válgame Dios, señor conde! ¿Es que la señora de Jourdain está decrepita y le tiembla ya la cabeza?

DORANTE. — ¡Ah, señora de Jourdain, os pido perdón! Me olvidaba de que sois joven; tengo muchas veces la cabeza llena de pájaros. Os ruego que disculpéis mi impertinencia.

ESCENA VI

Los mismos y el SEÑOR JOURDAIN

JOURDAIN. — Aquí tenéis doscientos luses bien contados.

DORANTE. — Os aseguro, señor Jourdain, que soy todo

vuestro y que ardo en deseos de haceros un servicio en la Corte.

JOURDAIN. — Os quedo muy agradecido.

DORANTE. — Y si la señora de Jourdain quiere presenciar el festejo real, haré que le den los mejores puestos de la sala.

SEÑORA DE JOURDAIN. — La señora de Jourdain os besa las manos.

DORANTE. — (Bajo, al señor Jourdain.) Nuestra bella marquesa, como os decía en mi esquela, vendrá dentro de poco aquí para el bailable y la comida, y he logrado que admita, por fin, el presente que queréis hacerla.

JOURDAIN. — Apartémonos un poco, con su causa y razón.

DORANTE. — Hace ocho días que no os he tenido que allanar las mayores noticias del diamante que me entregasteis para que se lo regalase de vuestra parte; pero es que he tenido que allanar las mayores dificultades para vencer sus escrúpulos. y hasta hoy no se ha decidido a aceptarlo.

JOURDAIN. — ¿Qué le ha parecido?

DORANTE. — Maravilloso; y, o mucho me engaño, o la hermosura de ese diamante hará en vuestro favor un efecto admirable sobre su ánimo.

JOURDAIN. — ¡Plegue al Cielo que así sea!

SEÑORA DE JOURDAIN. — (A Nicolasa.) En cuanto está con él, no puede abandonarle.

DORANTE. — He hecho valer ante ella como era preciso la riqueza de ese presente y la grandeza de vuestro amor.

JOURDAIN. — Son éstas, señor, unas bondades que me abruma; me encuentro en la mayor confusión viendo a una persona de vuestra categoría rebajarse por mí a tales acciones.

DORANTE. — ¿Os burláis? ¿Es que le detienen a uno tales escrúpulos tratándose de un amigo? ¿Y no haríais vos por mí lo mismo si se presentase la ocasión?

JOURDAIN. — ¡Oh, seguramente! ¡Y de todo corazón!

SEÑORA DE JOURDAIN. — (A Nicolasa.) ¡Cómo me pesa su presencia!

DORANTE. — Por mi parte, yo no miro nada cuando hay que servir a un amigo; y cuando me confesasteis la pasión que habíais sentido por esta amable marquesa con la que

tenía yo trato, ya visteis cómo desde el principio me ofrecí espontáneamente a servir a vuestro amor.

JOURDAIN. — Es cierto. Vuestras bondades me confunden.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (A Nicolasa.) ¿No se irá nunca? NICOLASA. — Se encuentran muy bien juntos.

DORANTE. — Habéis seguido el mejor camino para conno ver su corazón. A las mujeres les agradan, sobre todo, los dispendios que por ellas se hacen; vuestras frecuentes serenatas, vuestros continuos ramilletes y ese soberbio fuego de artificios que contempló sobre el agua, el diamante que ha recibido de vuestra parte y el presente que le preparáis, todo esto le habla mucho más de vuestra pasión que cuantas palabras hubierais podido decirle vos mismo.

JOURDAIN. — No hay dispendio que no hiciera yo, si con ello pudiera encontrar el camino de su corazón. Una mujer de calidad tiene para mí seductores encantos, y es honor que yo comprara a cualquier precio.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, a Nicolasa.) ¿Qué podrán hablar tanto los dos? Acércate despacio, a ver si oyes algo.

DORANTE. — Dentro de poco gozaréis a vuestras anchas del placer de verla; y vuestros ojos tendrán el tiempo necesario para recrearse.

JOURDAIN. — Para estar en plena libertad, lo he arreglado de manera que mi mujer irá a comer a casa de mi hermana, y pasará allí la tarde.

DORANTE. — Habéis obrado con prudencia, pues vuestra esposa hubiera podido estorbarnos. He dado por vos las órdenes necesarias al cocinero y para todo lo relacionado con el bailable. Lo he ideado yo, y, con tal de que la ejecución responda a la idea, estoy seguro de que lo encontrarán. . .

JOURDAIN. — (Al observar que Nicolasa escucha, le da un bofetón.) ¡Hola! ¡Sois muy impertinente! (A Dorante.) Salgamos, si os parece.

ESCENA VII

La SEÑORA DE JOURDAIN y NICOLASA

NICOLASA. — A fe mía, señora, ya que me ha costado algo la curiosidad; mas paréceme que hay gato encerrado; hablaban de cierto asunto en el que no quieren que intervengáis.

SEÑORA DE JOURDAIN. — No es de hoy, Nicolasa, el haber yo concebido sospechas de mi marido. Mucho me engañaría, o hay algún amorío a la vista; y estoy procurando descubrir lo que pueda ser. Mas pensemos en mi hija. Ya sabes el amor que siente por ella Cleonte: es un hombre que me agrada, y quiero ayudar a su pretensión y darle, si puedo, por esposa a Lucila.

NICOLASA. — En verdad, señora me dejan encantada esos sentimientos, pues, si el amo os gusta a vos, el criado me gustó a mí de igual modo, y desearía que nuestro casamiento pudiera efectuarse a la sombra del suyo.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Marcha a hablarle de mi parte, y dile que venga a verme en seguida, para que hagamos juntos a mi esposo la petición de mano de mi hija. (Vase.)

NICOLASA. — Corro allí, señora con alegría; no podía recibir un encargo más agradable. (Sola.) Creo que voy a hacer muy dichosa a varias personas.

ESCENA VIII

CLEONTE, COVIELLE y NICOLASA

NICOLASA. — (A Cleonte.) ¡Ah, llegáis en toda oportunidad! Soy una embajadora de alegría, y vengo a. . .

CLEONTE. — Aparta, pérfida, y no me vengas a entretener con tus traidoras palabras.

NICOLASA. — ¿Así es como recibís...?

CLEONTE. — Aparta, te digo, y vete a decir, sin dilación, a tu infiel señora que no volverá a engañar en su vida al demasiado cándido Cleonte.

NICOLASA. — ¿Qué locura es ésta? Dime qué quiere esto decir, mi buen Covielle.

COVIELLE. — ¡Tu buen Covielle, bribona! Vamos quítate pronto de mi vista, infame, y déjame en paz.

NICOLASA. — ¡Cómo! ¿Tú también vienes...?

COVIELLE. — Quitate de mi vista, te digo, que no vuelvas a hablarme en tu vida.

NICOLASA. — (Aparte.) ¡Hola! ¿Qué mosca les habrá picado? Voy a informar de esta bonita historia a mi ama.

ESCENA IX

CLEONTE y COVIELLE

CLEONTE. — ¡Cómo!... ¡Tratar a un amante así, al amante más fiel y más apasionado de todos!

COVIELLE. — Es algo espantoso lo que nos han hecho a los dos.

CLEONTE. — Demuestro a una persona todo el ardor y toda la ternura que pueda imaginarse; no amo más que a ella en el mundo, y sólo a ella la tengo grabada en el alma; constituye todos mis afanes; no hablo más que de ella, pienso en ella únicamente, sólo sueño con ella, sólo respiro por ella, mi corazón vive por entero para ella, ¡y he aquí la digna recompensa a tanto afecto! Estoy sin verla dos días, que son para mí dos espantosos siglos; la encuentro casualmente; mi corazón, al verla, se siente extasiado, resplandece la alegría sobre mi rostro y vuelo arrebatado hacia ella, y la infiel aparta de mí su mirada y pasa bruscamente a mi lado, como si no me hubiera visto en su vida.

COVIELLE. — Digo lo mismo que vos.

CLEONTE. — ¿Hase visto nada igual, Covielle, a esta perfidia de la ingrata Lucila?

COVIELLE. — ¿Y a la de Nicolasa esa pícara?

CLEONTE. — ¡Después de tantos ardientes sacrificios, suspiros y anhelos como he dedicado a sus hechizos!

COVIELLE. — ¡Después de tantos asiduos homenajes, afanes y servicios como la he hecho en su cocina!

CLEONTE. — ¡De tantas lágrimas como he derramado a sus plantas!

COVIELLE. — ¡De tantos cubos de agua como he tirado al pozo por ella!

CLEONTE. — ¡De tanta pasión como he mostrado, queriéndola más que a mí mismo!

COVIELLE. — ¡De tanto calor como he sufrido dando vueltas al asador en su puesto!

CLEONTE. — ¡Huye de mí con desdén!

COVIELLE. — ¡Me vuelve la espalda con descaro!

CLEONTE. — Es una perfidia digna de los mayores castigos.

COVIELLE. — Es una traición que merece mil bofetones.

CLEONTE. — No se te ocurra, te lo ruego, defenderla nunca.

COVIELLE. — ¡Yo, señor! ¡Dios me guarde!

CLEONTE. — No vengas a disculpar ante mí la acción de esa infiel.

COVIELLE. — No tengáis cuidado.

CLEONTE. — No; ya ves que todos tus discursos, en defensa suya, no servirán de nada.

COVIELLE. — ¿Quién piensa en eso?

CLEONTE. — Quiero conservar mi resentimiento y romper toda relación entre nosotros.

COVIELLE. — Accedo a ello.

CLEONTE. — Ese señor conde que va a su casa provoca su ambición; ¡y su ánimo, bien lo veo, se deja deslumbrar por la alcurnia! Mas necesito, para satisfacer mi honor, prevenir el escándalo de esa inconstancia. Quiero ayudar, como ella, a ese cambio en que la veo incurrir y no darle el gusto de abandonarme.

COVIELLE. — Muy bien dicho; y participo, por mi parte, en todos vuestros sentimientos.

CLEONTE. — Ayuda a mi despacho y sostén mi resolución contra todos los restos de amor que pudieran hablarme de ella. Te emplazo a que me digas todo lo malo de ella que

puedas. Trázame un retrato de su persona que me la haga despreciable, y señálame bien, para que me repugnen, todos cuantos defectos puedas ver en ella.

COVIELLE. — ¿Ella, señor? ¡Vaya una linda presumida una remilgada de bella estampa, para que la améis tanto! No la encuentro nada que no sea vulgar, y tropezaréis con cien personas más dignas de vos. Lo primero, tiene los ojos pequeños.

CLEONTE. — Eso es cierto, tiene los ojos pequeños; pero son los más bellos de fuego, los más brillantes, vivos y tiernos que puede haber.

COVIELLE. — Tiene la boca grande.

CLEONTE. — Sí; pero posee ciertos encantos que no se ven en otras bocas; y esa boca inspira deseos, y es la más atractiva y también la más amorosa del mundo.

COVIELLE. — No es alta de estatura tampoco.

CLEONTE. — No; pero esbelta y bien formada.

COVIELLE. — Finge indolencia en su habla y en sus ademanes.

CLEONTE. — Es cierto; mas existe en ello cierta gracia; y sus modales son atrayentes, y poseen un no sé qué para insinuarse en los corazones.

COVIELLE. — En cuanto a su talento...

CLEONTE. — ¡Ah, lo tiene, Covielle, y del más fino y delicado!

COVIELLE. — Su conversación...

CLEONTE. — Es encantadora.

COVIELLE. — Está siempre seria.

CLEONTE. — ¿Querías una jovialidad de esas constantes o una eterna sonrisa? ¿Y has visto nada más impertinente que esas mujeres que ríen sin cesar?

COVIELLE. — Mas, en fin; es caprichosa como nadie.

CLEONTE. — Sí; es caprichosa, conforme; mas todo les sienta bien a las beldades; se las tolera todo.

COVIELLE. — Puesto que es así, veo muy bien que desáis amarla siempre.

CLEONTE. — ¿Yo? Antes preferiría morir; y voy a odiarla tanto como la he amado.

COVIELLE. — ¿Y cómo, si la encontráis tan perfecta?

CLEONTE. — Así mi venganza será más resonante, y así mostraré mejor la energía de mi corazón, odiándola y abandonándola, pese a lo muy bella, hechicera y amable que la encuentro. Cállate. Aquí llega.

ESCENA X

Los mismos, LUCILA y NICOLASA

NICOLASA. — (A Lucila.) Estoy toda escandalizada por mi parte.

LUCILA. — No puede ser más que lo que te he dicho. Mas aquí está.

CLEONTE. — (A Covielle.) No quiero ni hablarla.

COVIELLE. — Pienso imitaros.

LUCILA. — ¿Qué hay, Cleonte? ¿Qué tenéis?

NICOLASA. — ¿Qué te pasa, Covielle?

LUCILA. — ¿Qué pesar os aflige?

NICOLASA. — ¿Qué motiva tu mal humor?

LUCILA. — ¿Os habéis quedado mudo, Cleonte?

NICOLASA. — ¿Has perdido el habla, Covielle?

CLEONTE. — ¡Esto sí que es villanía!

COVIELLE. — ¡Esto sí que es ser Judas!

LUCILA. — Veo que el encuentro de hace poco os ha trastornado el juicio.

CLEONTE. — (A Covielle.) ¡Ah, ah!... ¿Conque confiesa lo que ha hecho?...

NICOLASA. — Nuestra acogida de esta mañana te ha enfurruñado.

COVIELLE. — (A Cleonte.) ¿Conque se ha adivinado el obstáculo?...

LUCILA. — ¿No es cierto, Cleonte, que es ése el motivo de vuestro enojo?

CLEONTE. — Sí, pérfida; ése es, puesto que es preciso hablar; y debo deciros que no triunfaréis, como pensáis, con vuestra infidelidad; que quiero ser el primero en romper con vos, y que no os daréis el gusto de dejarme. Me apenará,

sin duda, vencer el amor que por vos siento; me causará pesares, sufriré algún tiempo; mas sabré triunfar y me desgarraré el corazón antes que tener la flaqueza de volver a vos

COVIELLE. — (A Nicolasa.) Lo mismísimo digo.

LUCILA. — ¡Cuánto ruido por una nadería! Voy a deciros, Cleonte, el motivo que me ha hecho, esta mañana, huíros.

CLEONTE. — (Queriendo marcharse para huir de Lucila.) No, no quiero escuchar nada.

NICOLASA. — (A Covielle.) Voy a decirte la causa que nos ha hecho pasar tan de prisa.

COVIELLE. — (Queriendo irse también para huir de Nicolasa.) No quiero oír nada.

LUCILA. — (Siguiendo a Cleonte.) Sabed que esta mañana . . .

CLEONTE. — (Huyendo siempre, sin mirar a Lucila.) Os digo que no.

NICOLASA. — (Siguiendo a Covielle.) Has de saber que . . .

COVIELLE. — (Marchándose también, sin mirar a Nicolasa.) ¡No, traidora!

LUCILA. — Escuchad.

CLEONTE. — Es inútil.

NICOLASA. — Déjame decirte . . .

COVIELLE. — Soy sordo.

LUCILA. — ¡Cleonte!

CLEONTE. — No.

NICOLASA. — ¡Covielle!

COVIELLE. — Nada.

LUCILA. — Deteneos . . .

CLEONTE. — ¡Patrañas!

NICOLASA. — Escúchame . . .

COVIELLE. — ¡Bagatelas!

LUCILA. — Un momento . . .

CLEONTE. — De ningún modo.

NICOLASA. — Un poco de paciencia.

COVIELLE. — ¡Tararira!

LUCILA. — Dos palabras.

CLEONTE. — No; se acabó.

NICOLASA. — Una palabra.

COVIELLE. — Ni el menor trato.

LUCILA. — (Deteniéndose.) Pues bien: ya que no queréis es-

cucharme, seguid con vuestra idea y haced lo que os plazca.

NICOLASA. — (Deteniéndose también.) Ya que te pones así, tómalo como quieras.

CLEONTE. — (Volviéndose hacia Lucila.) Sepamos, pues, la causa de tan linda acogida . . .

LUCILA. — (Marchándose a su vez para huir de Cleonte.) No quiero ya decirlo.

COVIELLE. — (Volviéndose hacia Nicolasa.) Cuéntanos esa historia.

NICOLASA. — (Alejándose también para huir de Covielle.) No quiero ya contártela.

CLEONTE. — (Siguiendo también a Lucila.) Decidme . . .

LUCILA. — (Alejándose, sin mirar a Cleonte.) No, no quiero decir nada.

COVIELLE. — (Siguiendo a Nicolasa.) Cuéntame . . .

NICOLASA. — (Alejándose también sin mirar a Covielle.) No, ya no cuento nada.

LUCILA. — Os digo que no.

CLEONTE. — ¡Por favor!

COVIELLE. — ¡Por caridad!

NICOLASA. — Es inútil.

CLEONTE. — Os lo ruego . . .

LUCILA. — Dejadme.

COVIELLE. — Te lo suplico.

NICOLASA. — Apártate.

CLEONTE. — ¡Lucila!

LUCILA. — No.

COVIELLE. — ¡Nicolasa!

NICOLASA. — Nada.

CLEONTE. — ¡En nombre del Cielo!

LUCILA. — No quiero.

COVIELLE. — Háblame.

NICOLASA. — En absoluto.

CLEONTE. — Aclarad mis dudas.

LUCILA. — No pienso hacerlo.

COVIELLE. — Cúrame el alma.

NICOLASA. — No me place.

CLEONTE. — Pues bien; ya que os importa tan poco sacarme de penas y justificaros del indigno trato que habéis dado a

mi pasión, me estáis viendo, ingrata, por última vez, y me iré lejos de vos, a morir de amor y de pesar.

COVIELLE. — (A Nicolasa.) Y yo seguiré sus pasos.

LUCILA. — (A Cleonte, que va a salir.) ¡Cleonte!

NICOLASA. — (A Covielle, que sigue a su amo.) ¡Covielle!

CLEONTE. — (Deteniéndose.) ¡Eh?

COVIELLE. — (Deteniéndose también.) ¿Qué hay?

LUCILA. — ¿Adónde vais?

CLEONTE. — Adonde os he dicho.

COVIELLE. — Vamos a morir.

LUCILA. — ¿Vas a morir, Cleonte?

CLEONTE. — Sí, cruel, ya que lo queréis.

LUCILA. — ¿Que quiero yo que muráis?

CLEONTE. — Sí; lo queréis.

LUCILA. — ¿Quién os lo ha dicho?

CLEONTE. — (Acercándose a Lucila.) ¿No es quererlo negaros a disipar mis recelos?

LUCILA. — ¿Ha sido culpa mía? Y si hubierais querido escucharme, ¿no os habría dicho que la aventura de que os lamentáis ha sido promovida esta mañana por la presencia de una vieja tía que cree a machamartillo que la sola proximidad de un hombre deshonor a una joven, que os sermonea continuamente sobre ese tema y que pinta a todos los hombres como a demonios de los que es preciso huir?

NICOLASA. — (A Covielle.) Ese es el secreto de la cuestión.

CLEONTE. — ¿No me engañáis, Lucila?

COVIELLE. — (A Nicolasa.) ¿No me mientes?

LUCILA. — (A Cleonte.) No hay nada más cierto.

NICOLASA. — (A Covielle.) Así es la cosa.

COVIELLE. — (A Cleonte.) ¿Cedemos ante eso?

CLEONTE. — ¡Ah Lucila! ¡Cómo sabéis con una sola palabra de vuestra boca apaciguar mi corazón! ¡Y cuán fácilmente se deja uno convencer por las personas amadas!

COVIELLE. — ¡Con qué facilidad se apoderan de uno estos animalitos!

ESCENA XI

Los mismos y la SEÑORA DE JOURDAIN

SEÑORA DE JOURDAIN. — Me alegra veros, Cleonte, y héteos aquí oportunamente. Mi marido va a llegar: aprovechad el momento para pedirla a Lucila en matrimonio.

CLEONTE. — ¡Ah señora! ¡Qué dulce es para mí esa palabra y cómo halaga mis deseos! ¿Podría yo haber recibido una orden más encantadora, un favor máspreciado?

ESCENA XII

Los mismos y el SEÑOR JOURDAIN

CLEONTE. — Señor, no he querido acudir a nadie para hacer una petición que vengo meditando hace largo tiempo. Me afecta lo bastante para encargarme de ella en persona y, sin más rodeos, os diré que el honor de ser vuestro yerno es un favor insigne, que os ruego me concedáis.

JOURDAIN. — Antes de contestaros, señor, os ruego que me digáis si sois noble.

CLEONTE. — Señor, la mayoría de la gente no vacila mucho ante esa pregunta. La contesta terminantemente. Esa calidad no exige el menor escrúpulo, y los usos actuales parecen autorizar su latrocinio. Os confieso que tengo, por mi parte, opiniones más delicadas sobre esa materia. Parece que cualquier impostura es indigna de un hombre honrado y que existe una evidente cobardía en disfrazar la clase en que el Cielo nos ha hecho nacer; en adornarse a los ojos del mundo con un título robado; en querer pasar por lo que no es uno. He nacido de padres que han ocupado, sin duda, una hermosa posición; he merecido en la milicia el honor de seis

años de servicio, y poseo el suficiente caudal para mantener un linaje bastante pasadero; mas, con todo esto, no quiero atribuirme un nombre a que otros, en mi lugar, creerían poder aspirar, y os diré con franqueza que no soy noble.

JOURDAIN. — Venga esa mano, señor; mi hija no será para vos.

CLEONTE. — ¿Cómo?

JOURDAIN. — No sois noble; no será vuestra mi hija.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué queréis decir con vuestra nobleza? ¿Es que nosotros provenimos, acaso, de la costilla de San Luis?

JOURDAIN. — Callaos, esposa mía; os veo venir.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿No descendemos nosotros, lisa y llanamente, de la buena burguesía?

JOURDAIN. — ¡Ya asomó la mala lengua!

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Y vuestro padre no era comerciante, como el mío?

JOURDAIN. — ¡Mal haya la comadre! ¡Siempre ofendiendo! Si vuestro padre era comerciante, peor para él; mas, por lo que al mío se refiere, son unos indiscretos los que dicen eso. Todo cuanto he de deciros es que quiero tener un yerno noble.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Vuestra hija necesita el marido que le corresponde; y preferible es para ella un hombre honrado, rico y apuesto, que un noble indigente y contrahecho.

NICOLASA. — Eso es cierto. El hijo del noble de nuestro pueblo es el mayor esperpento y el más necio pazguato que jamás he visto.

JOURDAIN. — (A Nicolasa.) Callaos, impertinente. Os metéis siempre en la conversación. Tengo el suficiente caudal para mi hija; sólo necesito honores, y quiero hacerla marquesa.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Marquesa?

JOURDAIN. — Sí, marquesa.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Ay! ¡Dios me libre de ello!

JOURDAIN. — Es cosa que tengo decidida.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Y es cosa que yo no consentiré de ningún modo. Los enlaces con personas de clase superior a la de uno están siempre sujetos a enojosos inconvenientes. No quiero en absoluto que mi yerno pueda reprochar a mi

hija sus padres, y que tenga hijos que se avergüencen de llamarme abuela. Si tuviera que venir a visitarme con un boato de gran dama y dejar, por descuido de saludar a cualquiera del barrio, no dejarían de murmurar en seguida cien necesidades. “¿Veis —dirían— esa señora marquesa que presume tanto de prosapia? Pues es la hija del señor Jourdain, que se sentía dichosa, en su niñez, jugando a la señora con nosotros. No siempre ha sido tan noble como ahora, y sus dos abuelos vendían paño junto a la puerta de San Inocencio. Han legado un caudal a sus hijos, cosa que pagan ahora, quizá, muy caro en el otro mundo; y no se hace uno tan rico honradamente.” No me gustan esos chismes, y quiero un hombre, en fin, que me agradezca mi hija y del que yo pueda decir: “Sentaos ahí, yerno, y comed conmigo.”

JOURDAIN. — Querer seguir siempre en este estado plebeyo es digno de un espíritu mezquino. No me repliquéis más; mi hija será marquesa, pese a todos; y si me irritáis, la haré duquesa.

ESCENA XIII

Los mismos, menos el SEÑOR JOURDAIN

SEÑORA DE JOURDAIN. — Cleonte, no perdáis ánimo todavía. (A Lucila.) Seguidme, hija mía, y venid a decir resueltamente a vuestro padre que, si no es con él, no queréis casaros con nadie.

ESCENA XIV

CLEONTE y COVIELLE

COVIELLE. — Buena la habéis hecho con vuestros hermosos sentimientos.

CLEONTE. — ¿Qué quieres? Tengo ciertos escrúpulos sobre esa cuestión que no podrán allanar los ejemplos.

COVIELLE. — Pero ¿vais a tomar en serio a un hombre como ése? ¿No veis que está loco? ¿Y qué os costaba adaptaros a sus quimeras?

CLEONTE. — Tienes razón; mas no creía yo que hubiera que hacer pruebas de nobleza para se yerno del señor Jourdain.

COVIELLE. — (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!

CLEONTE. — ¿De qué te ries?

COVIELLE. — De una idea que se me ocurre para engañar a vuestro hombre y haceros obtener lo que anhelaís.

CLEONTE. — ¿Cómo?

COVIELLE. — La idea es divertidísima.

CLEONTE. — ¿Qué es ello?

COVIELLE. — Se ha formado hace poco cierta comparsa, que encaja aquí perfectamente, y a la que intentaré hacer intervenir en una broma que quiero gastar a nuestro ridiculo señor. Todo esto huele algo a comedia; mas con él puede uno arriesgarlo todo; no hay que andarse con tantos miramientos, y es hombre que representará su papel a maravilla y que se tragará todas las paparruchas que se nos ocurra decirle. Tengo ya los actores y los trajes preparados; dejadme hacer tan solo...

CLEONTE. — Pero, dime...

COVIELLE. — Voy a informaros de todo. Retirémonos; aquí vuelve nuestro hombre.

ESCENA XV

EL SEÑOR JOURDAIN

JOURDAIN. — ¿Qué diablos es esto? No pueden reprocharme más que mi afición a los grandes señores, y yo no veo nada tan hermoso como frecuentar el trato de los mismos; con ellos no hay más que honor y cortesía; y quisiera haber nacido conde o marqués, aunque me hubiera costado dos dedos de la mano.

ESCENA XVI

EL SEÑOR JOURDAIN y un LACAYO

LACAYO. — Señor, ahí está el señor conde, que trae a una dama de la mano.

JOURDAIN. — ¡Ah, Dios mío! Tengo que dar algunas órdenes. Diles que estaré aquí en seguida.

ESCENA XVII

DORIMENA, DORANTE y un LACAYO

LACAYO. — El señor dice que estará aquí en seguida.

DORANTE. — Está bien.

ESCENA XVIII

Los mismos, menos el LACAYO

DORIMENA. — No sé, Dorante; doy un extraño paso dejándome traer por vos a una casa donde no conozco a nadie.

DORANTE. — ¿Qué decir, entonces, señora, que mi amor escoja para cortejaros pues que, por huir del escándalo, no queréis ni vuestra casa ni la mía?

DORIMENA. — Mas lo que no decís es que me comprometo insensiblemente a diario al permitir los testimonios harto elocuentes de vuestra pasión. Por mucho que me prohíba ciertas cosas, vos fatigáis mi resistencia y poseéis una cortés tenacidad que me hace llegar suavemente a todo lo que se os antoja. Empezó por las visitas frecuentes; vinieron lue-

go las declaraciones, que han traído después las serenatas y los regalos, seguidos de las dádivas. Me opuse a todo esto, pero vos no cejasteis, y, paso a paso, os vais adueñando de mis resoluciones. No puedo responder de nada, por mi parte; y creo que al final me vais a hacer llegar al matrimonio, del que tan apartada estaba.

DORANTE. — A fe mía, señora, deberíais haber llegado ya a él. Os amo más que a mi vida. ¿Qué se opone a que hagáis desde hoy mi ventura?

DORIMENA. — ¡Dios mío, Dorante! Es preciso tener por ambas partes ciertas cualidades para vivir juntos y ser felices y aun a las dos personas más sensatas del mundo les cuesta trabajo, muchas veces, formar una unión de la que estén satisfechas.

DORANTE. — Os chanceáis, señora, al imaginar tantas dificultades; y la prueba por que habéis pasado no quiere decir nada con relación a todas las demás.

DORIMENA. — Pues yo vuelvo siempre a lo mismo. Los gastos que os veo hacer por mí me inquietan, por dos razones: una, porque me comprometen más de lo que quisiera, y otra, porque estoy segura que sin que esto os enoje de que no hacéis esos gastos sin sufrir dificultades, y yo no quiero eso.

DORANTE. — ¡Ah, señora! Son bagatelas, y no por ellas...

DORIMENA. — Sé lo que digo, y, entre otras cosas, el diamante que me torzasteis a admitir es de un precio...

DORANTE. — ¡Eh, señora, por favor! No deis tanto valor a una cosa que mi amor encuentra digno de vos, y permitid... Aquí llega el dueño de la casa.

ESCENA XIX

Los mismos y el SEÑOR JOURDAIN

JOURDAIN. — (Después de haber hecho dos reverencias y encontrándose demasiado cerca de Dorimena.) Alejaos un poco, señora.

DORIMENA. — ¿Cómo?

JOURDAIN. — Un paso atrás, si os place.

DORIMENA. — ¿Qué es esto?

JOURDAIN. — Retroceded un poco para la tercera.

DORANTE. — Señora, el señor Jourdain conoce el buen tono.

JOURDAIN. — Señora, es para mí un gran honor verme lo bastante afortunado para ser tan feliz y tener la dicha de que hayáis tenido la bondad de concederme la merced de hacerme el honor de honrarme con vuestra presencia, y si tuviera yo, a mi vez, méritos para merecer un mérito como el vuestro, y el Cielo... envidioso de mi bien... me hubiese concedido... la merced de encontrarme digno... de lo...

DORANTE. — Señor Jourdain, basta con eso. A la señora no le agradan los grandes cumplidos; sabe ya que sois hombre de talento. (Bajo, a Dorimena.) Es, como veis, un buen burgués, bastante ridículo en todas sus maneras.

DORIMENA. — (Bajo, a Dorante.) No es difícil notarlo.

DORANTE. — Señora, aquí tenéis a mi mejor amigo.

JOURDAIN. — Me hacéis demasiado honor.

DORANTE. — ¡Hombre galante de pies a cabeza!

DORIMENA. — Siento un verdadero aprecio por vos.

JOURDAIN. — No he hecho nada aún para merecer tanto favor.

DORANTE. — (Bajo, al señor Jourdain.) Tened buen cuidado, al menos, en no hablarle para nada del diamante que le habéis dado.

JOURDAIN. — (Bajo, a Dorante.) ¿No puedo preguntarle siquiera qué le ha parecido?

DORANTE. — (Bajo, al señor Jourdain.) ¡Cómo! Guardaos mucho de hacerlo. Sería feo en vos; y para obrar como hombre galante, tenéis que hacer como si no fueseis vos el autor de ese regalo. (Alto.) El señor Jourdain dice que está encantado de veros en su casa, señora.

DORIMENA. — Me honra grandemente.

JOURDAIN. — (Bajo, a Dorante.) ¡Cómo os agradezco el que le habléis así por mí!

DORANTE. — (Bajo, al señor Jourdain.) Me ha costado un trabajo tremendo hacerla venir aquí.

JOURDAIN. — (Bajo, a Dorante.) No sé cómo daros las gracias.

DORANTE. — Dice, señora, que os encuentra la mujer más bella del mundo.

DORIMENA. — Es gracia vuestra...

JOURDAIN. — Señora, las gracias las atesoráis vos, y

DORANTE. — Pensemos en comer.

ESCENA XX

Los mismos y un LACAYO

LACAYO. — (Al señor Jourdain.) Todo está a punto, señor.

DORANTE. — Vamos, pues, a sentarnos a la mesa; y que hagan entrar a los músicos.

ESCENA XXI

INTERMEDIO BAILABLE

Seis Cocineros, que han preparado el festín, bailan juntos y componen el tercer intermedio, después de lo cual traen una mesa cubierta de manjares.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

DORIMENA, el SEÑOR JOURDAIN, DORANTE, tres
MÚSICOS y un LACAYO

DORIMENA. — ¡Como Dorante! ¡Vaya una magnífica comida!

JOURDAIN. — Os burláis, señora, y quisiera que fuese más digna de seros ofrecida (Dorimena, el señor Jourdain, Dorante y los tres Músicos se sientan a la mesa.)

DORANTE. — El señor Jourdain tiene razón, señora, en hablar así, y es de agradecerle el que os haga tan bien los honores de su casa. Estoy de acuerdo con él en que la comida no es digna de vos. Como he sido yo el que la he encargado, y no poseo sobre esta materia las luces de nuestros amigos, no daréis aquí con una comida muy sabia, y encontraréis en ella incongruencias de buena mesa y barbarismos de buen sabor. Si Damis hubiera intervenido en esto, guardaría todas las reglas; habría por todas partes elegancia y erudición, y no dejaría de exageraros él mismo todos los platos de la comida que os diera, haciéndoos reconocer su elevada capacidad en la ciencia de los buenos manjares, hablándoos del pan de reborde con el canto dorado, de corteza hinchada por todos sitios y que cruje, tierno, bajo los dientes; de un vino de tono suave, vigorizado con un agrio que no se sube demasiado a la cabeza; de una pierna de cordero mechada con perejil; que un lomo de ternera de río así de largo, blanco,

delicado, y que es, pues, entre los dientes, una verdadera pasta de almendra; de unas perdices con especias, de un aroma sorprendente, y, como su obra magna, de una sopa de caldo perlado de sustancias, completada con un gran pavo joven, con cuatro pichones en cantón, coronado de cebollas blancas, casadas con achicoria. Mas, por mi parte, os confieso mi ignorancia; y, como ha dicho muy bien el señor Jourdain, quisiera que la comida fuera más digna de seros ofrecida.

DORIMENA. — Sólo contesto a ese cumplido comiendo del modo que lo hago.

JOURDAIN. — ¡Ah, qué bellas manos!

DORIMENA. — Mis manos son vulgares, señor Jourdain; mas os referís, sin duda, al diamante, que es muy hermoso.

JOURDAIN. — Dios me guarde, señora, de querer hablar de él; sería obrar como un descortés; y ese diamante es muy poca cosa.

DORIMENA. — ¡Sois descontentadizo!

JOURDAIN. — Y vos harto bondadosa...

DORANTE. — (Después de haber hecho una seña al señor Jourdain.) Vamos, echad vino al señor Jourdain y a estos señores, que nos harán la merced de festejarnos cantando una canción báquica.

DORIMENA. — Es sazonar maravillosamente una buena comida mezclar música con ella, y estoy siendo aquí agasajada de un modo admirable.

JOURDAIN. — Señora, no es...

DORANTE. — Señor Jourdain, permanezcamos en silencio ante estos señores, y lo que ellos nos digan valdrá más que todo cuanto podamos decir nosotros.

MUSICOS PRIMERO Y SEGUNDO. — (A coro y con una copa en la mano.)

Filis, sólo un dedito para empezar la ronda
¡Oh, qué de hechizós tiene un vaso en vuestra mano!
Vos, Filis, y esté vino, os prestáis vuestras armas,
y siento que mi amor hacia los dos aumenta;
jurémonos los tres, hermosa ninfa,
una pasión eterna.

¡Que al mojar vuestra boca se sienta él hechizado,
y que por él se vea vuestro labio animado!
¡Ah! Despiertan una y otro mis deseos,
y de vos y de él me siento embriagado.
Jurémonos los tres hermosa ninfa,
una pasión eterna.

MUSICOS SEGUNDO Y TERCERO. — (A coro.)

Bebamos, amigos, bebamos.
El tiempo fugaz nos lo manda;
gocemos siempre de la vida
todo lo que podamos.
Cuando se cruza el negro río,
¡adiós buen vino, adiós amores!
Bebamos, pues, a toda prisa,
ya que no siempre beberemos.
Dejemos a los necios que razonen
sobre la dicha cierta de la vida
nuestra especial filosofía
la encuentro siempre entre las copas.
Dinero, saber y gloria
no nos quitan los pesares;
únicamente bebiendo
podemos ser venturosos.

LOS TRES. — (A coro.)

¡Hola, hola! ¡Venga vino! Llenad nuestras copas, mozo;
venga vino, venga vino hasta que os digamos basta.

DORIMENA. — No creo que se pueda cantar mejor; esto es muy bello.

JOURDAIN. — Veo aquí, señora, algo más bello.

DORIMENA. — ¡Vaya! El señor Jourdain es más galante de lo que yo creía.

DORANTE. — ¡Cómo, señora! ¿Por quién habéis tomado al señor Jourdain?

JOURDAIN. — Quisiera que me tomase por lo que yo dijese.

DORIMENA. — ¿Otra vez?

DORANTE. — (A Dorimena.) No le conocéis.

JOURDAIN. — Me conocera cuando le plazca.

DORIMENA. — ¡Oh, renuncio a contestarle!

DORANTE. — Es hombre que tiene siempre una réplica a mano. Mas ¿no veis, señora, que el señor Jourdain se come todos los manjares que vos probáis?

DORIMENA. — El señor Jourdain es un hombre que me cautiva.

JOURDAIN. — Si pudiera yo cautivar vuestro corazón, sería...

ESCENA II

Los mismos y la SEÑORA DE JOURDAIN

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Ah, ah! Encuentro aquí buena compañía, y veo que no se me esperaba. ¿Era, entonces, para este bonito asunto, mi señor esposo, por lo que teniais tanto afán en mandarme a comer a casa de mi hermana? Acabo de ver un escenario ahí dentro, y hallo aquí un banquete como de boda. Así es como derrochais vuestro caudal, y así festejáis a las damas en mi ausencia y las regaláis con música y comedia mientras me mandais a paseo.

DORANTE. — ¿Qué queréis decir, señora Jourdain? ¿Qué fantasías son esas que se os ocurren de que vuestro marido derrocha su caudal y de que es él quien agasaja a esta señora? Sabed, os ruego, que soy yo el que agasaja a esta señora; que él no hace más que prestarme su casa, y que deberíais fijaros un poco mejor en lo que decís.

JOURDAIN. — Sí, impertinente: es el señor conde quien ofrece todo esto a la señora, que es persona de calidad. Me hace el honor de ocupar mi casa y de permitir que le acompañe.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Esas son patrañas; yo sé lo que sé.

DORANTE. — Poneos, señora Jourdain; poneos mejores anteojos.

SEÑORA DE JOURDAIN. — No necesito anteojos, señor, pues

veo perfectamente. Hace mucho tiempo que presiento ciertas cosas, y no soy una acémila. Resulta muy feo en vos, un gran señor, secundar las necedades de mi marido. Y vos, señora, no es bonito ni digno de una gran dama crear disensiones en un matrimonio y tolerar que mi esposo se enamore de vos.

DORIMENA. — ¿Qué quiere decir, entonces todo esto? Vaya, Dorante, os chanceáis exponiéndome a las necias visiones de esta maniática.

DORANTE. — (Siguiendo a Dorimena, que sale.) ¡Señora! ¡Hola, señora! ¿Adónde corréis?

JOURDAIN. — Señora... Señor conde, presentadle mis excusas y procurad traerla.

ESCENA III

La SEÑORA DE JOURDAIN, el SEÑOR JOURDAIN y LACAYOS

JOURDAIN. — ¡Ah, bonita acción, señora impertinente! Venis a afrentarme delante de todo el mundo, ¡y arrojáis de mi casa a unas personas de tal alcurnia!

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Me río yo de su alcurnia!

JOURDAIN. — No sé cómo me contengo, maldita, y no os abro la cabeza con los platos de la comida que habéis venido a perturbar (Los Lacayos se llevan la mesa.)

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Saliendo.) Me río de todo eso. Defiendo mis derechos, y tendré a mi favor a todas las mujeres.

JOURDAIN. — Hacéis bien en huir de mi cólera.

ESCENA IV

EL SEÑOR JOURDAIN

JOURDAIN. — Ha llegado muy importunamente. Estaba yo en vena de decir cosas bonitas, y nunca me había sentido tan ingenioso. ¿Qué es esto?

ESCENA V

EL SEÑOR JOURDAIN y COVIELLE, disfrazado

COVIELLE. — Señor, no sé si tengo el honor de que me conozcáis.

JOURDAIN. — No, señor.

COVIELLE. — (Señalando con la mano a un paimo del suelo.) Os he visto cuando érais así.

JOURDAIN. — ¿A mí?

COVIELLE. — Sí; érais un niño el más guapo del mundo, y todas las damas os cogían en sus brazos para besaros.

JOURDAIN. — ¿Para besarme?

COVIELLE. — Sí. Era yo muy amigo de vuestro difunto señor padre.

JOURDAIN. — ¿De mi difunto padre?

COVIELLE. — Sí. Era un dignísimo caballero.

JOURDAIN. — ¿Mi padre?

COVIELLE. — Sí.

JOURDAIN. — ¿Y le tenéis por noble?

COVIELLE. — Sin duda

JOURDAIN. — ¡No sé, entonces, cómo es el mundo! Hay gente necia que se empeña en decir que era comerciante.

COVIELLE. — ¿Comerciante él? Es pura maledicencia; no lo fue jamás. Era tan sólo sumamente amable y obsequioso, y por ser muy entendido en telas, iba a escogerlas a todas partes, las hacía traer a su casa y se las daba a sus amigos a cambio de dinero.

JOURDAIN. — Estoy encantado de conoceros a fin de que rindáis este homenaje de que mi padre era noble

COVIELLE. — Lo sostendré delante de todo el mundo.

JOURDAIN. — Os lo agradeceré. ¿Qué motivos os traen aquí?

COVIELLE. — Después de haber conocido a vuestro señor padre, honrado caballero, como os he dicho, he viajado por todo el mundo.

JOURDAIN. — ¿Por todo el mundo?

COVIELLE. — Sí.

JOURDAIN. — Me figuro que estará muy lejos ese país.

COVIELLE. — En efecto. He vuelto de todos mis largos viajes hace tan sólo cuatro días, y por el interés que me merece todo lo que os concierne vengo a anunciaros la mejor noticia del mundo.

JOURDAIN. — ¿Cuál?

COVIELLE. — ¿Sabéis que el hijo del Gran Turco está aquí?

JOURDAIN. — ¿Yo? No.

COVIELLE. — ¡Cómo! Viene con un séquito magnífico; todo el mundo acude a verle, y ha sido recibido en este país como un señor muy importante.

JOURDAIN. — A fe mía, no estaba enterado de ello.

COVIELLE. — Y lo provechoso para vos es que está enamorado de vuestra hija.

JOURDAIN. — ¿El hijo del Gran Turco?

COVIELLE. — Sí; quiere ser vuestro yerno.

JOURDAIN. — ¿Mi yerno el hijo del Gran Turco?

COVIELLE. — El hijo del Gran Turco vuestro yerno. Como fui a verle y entiendo perfectamente su lengua conversó conmigo, y después de hacerme varias manifestaciones, me dijo: *Acciam croc soler onch alla moustaph guidelum amannahem varahini oussère carbulath*; es decir, "¿No has visto a una joven beldad, que es la hija del señor Jourdain, noble parisiense?

JOURDAIN. — ¿El hijo del Gran Turco dice eso de mí?

COVIELLE. — Sí. Al contestarle que os conocía íntimamente y que había visto a vuestra hija: Ah! —me ha dicho— *Marababá sahem*; es decir: "¡Ah, qué enamorado estoy de ella!"

JOURDAIN. — ¿*Marababá sahem* quiere decir ¡ah! qué enamorado estoy de ella?

COVIELLE. — Sí.

JOURDAIN. — ¡A fe mía!, hacéis bien en decírmelo, pues, por mi parte, no hubiera creído nunca que *marababá sahem* quisiera decir ¡ah, qué enamorado estoy de ella! ¡Qué admirable lengua es el turco!

COVIELLE. — Más admirable de lo que puede creerse. ¿Sabéis lo que quiere decir *cacaracamouchen*?

JOURDAIN. — ¿Cacaracamouchen? No.
 COVIELLE. — Pues quiere decir ¡alma mía!
 JOURDAIN. — ¿Cacaracamouchen quiere decir alma mía?
 COVIELLE. — Sí.
 JOURDAIN. — ¡Es maravilloso! **Cacaracamouchen**, alma mía.
 ¿Quién lo diría? Me deja confundido.
 COVIELLE. — En fin, para terminar mi embajada: viene a
 pedirnos la mano de vuestra hija, y para tener un suegro
 que sea digno de él quiere haceros **mamamouchi**, que es
 un alto cargo de su país.
 JOURDAIN. — ¿**Mamamouchi**?
 COVIELLE. — Sí; **Mamamouchi**, es decir, hidalgo en nuestra
 lengua. Hidalgos eran aquellos antiguos... En fin: hidalgo.
 No hay mayor nobleza que ésa en el mundo, y seréis el igual
 de los más grandes señores de la Tierra.
 JOURDAIN. — El hijo del Gran Turco me honra grandemente,
 y os ruego que me llevéis a su casa para expresarle mi agra-
 decimiento.
 COVIELLE. — ¡Cómo! ¡Si va a venir aquí!
 JOURDAIN. — ¿Va a venir aquí?
 COVIELLE. — Sí; y trae todo lo necesario para la ceremonia
 de vuestra investidura.
 JOURDAIN. — Eso es obrar prontamente.
 COVIELLE. — Su amor no puede soportar ningún retraso.
 JOURDAIN. — Lo que me inquieta es que mi hija es una
 porfiada a quien se le ha metido en la cabeza un tal Cleonte,
 y ha jurado no casarse con nadie más que con ése.
 COVIELLE. — Cambiará de sentir cuando vea al hijo del
 Gran Turco. Además, hay en esto una coincidencia mara-
 villosa: y es que el hijo del Gran Turco se parece, en cierto
 modo, a ese Cleonte. Acabo de verle; me lo han enseñado,
 y el amor que siente ella por el uno podrá pasar fácilmente
 al otro... Le oigo llegar; aquí está.

ESCENA VI

CLEONTE, de turco; tres PAJES llevando la cola de Cleonte,
 el SEÑOR JOURDAIN y COVIELLE

CLEONTE. — **Ambousahim oqui boraf, jordina, salamalequi.**
 COVIELLE. — (Al señor Jourdain.) Es decir: "Señor Jourdain,
 que vuestro corazón sea todo el año como un rosal florido."
 Son las maneras de hablar amables de esos países.
 JOURDAIN. — Soy el humildísimo servidor de su alteza
 turca.
 COVIELLE. — **Carigar camboto oustin moraf.**
 CLEONTE. — **Oustin yoc catamalequi basum base alla mo-**
ran.
 COVIELLE. — Dice que el Cielo os dé la fuerza de los leones
 y la prudencia de la serpiente.
 JOURDAIN. — Su alteza turca me honra en exceso, y le de-
 seo todo género de prosperidades.
 COVIELLE. — **Ossa minamen sadoo baballi oracay ofiram.**
 CLEONTE. — **Bel-men.**
 COVIELLE. — Ha dicho que vayáis prontamente con él a
 prepararos para la ceremonia, a fin de ver después a vuestra
 hija y concertar el casamiento.
 JOURDAIN. — ¿Tantas cosas en dos palabras?
 COVIELLE. — Sí. La lengua turca es así; expresa mucho en
 pocas palabras. Id pronto adonde él desea.

ESCENA VII

COVIELLE

COVIELLE. — ¡Ja, ja, ja! A fe mía, esto es divertidísimo.
 ¡Vaya cándido! Si se hubiera aprendido su papel de memoria
 no podría hacerlo mejor. ¡Ja, ja!

ESCENA VIII

DORANTE y COVIELLE

COVIELLE. — Os ruego, señor, que consintáis en ayudarnos aquí en una aventura que está ocurriendo.

DORANTE. — ¡Ja, ja, Covielle! ¿Quién iba a reconocerte? ¡Cómo te has ataviado!

COVIELLE. — Ya veis. ¡Ja, ja!

DORANTE. — ¿De qué te ríes?

COVIELLE. — De una cosa que se lo merece.

DORANTE. — ¿Cuál?

COVIELLE. — Os emplazo, señor, a que adivinéis la estratagema de que nos hemos servido con el señor Jourdain para decidirle a conceder la mano de su hija a mi amo.

DORANTE. — No adivino la estratagema; mas presiento que no dejará de producir su efecto, puesto que tú la empleas.

COVIELLE. — Sé que conocéis a la persona.

DORANTE. — Dime de qué se trata.

COVIELLE. — Tomaos el trabajo de alejaros un poco más para dejar sitio a lo que veo venir. Podréis presenciar una parte de la historia mientras yo os cuento el resto.

ESCENA IX

EL MUFTI, DERVICHES, TURCOS, ayudantes del Mufti,
cantores y bailarines

PRIMER INTERMEDIO BAILABLE

Seis Turcos entran solemnemente de dos en dos al son de unos instrumentos. Llevan tres tapices, que alzan muy en alto.

COVIELLE. — ¿Cómo?

después de haber hecho varias figuras bailando. Los Turcos cantores pasan por debajo de sus tapices para ir a colocarse a los dos lados del

escenario. El Mufti, acompañado de los Turcos, se acerca hasta el Mufti. Entonces los Turcos extienden los tapices sobre el escenario, arrojándose encima. El Mufti y los Derviches, por el medio de ellos y mientras Mufti invoca a Mahoma haciendo muchas contorsiones y gestos pero sin profirir una sola palabra, los Turcos ayudantes se prosternan hasta el suelo y cantan: *Ain y Ala*, alzan los brazos al cielo lo cual siguen haciendo hasta el final de la invocación. después se levantan todos cantando *Alla ekkber* y los Derviches van a buscar al señor Jourdain.

ESCENA X

EL MUFTI, DERVICHES, TURCOS, cantores y bailarines;
el SEÑOR JOURDAIN, vestido de turco, con la cabeza
afeitada, sin turbante ni sable

EL MUFTI. — (Al señor Jourdain.)

Se ti sabir
ti, respondir;
se non sabir,
tazir, tazir.
Mi star muphti,
ti qui star si?
Non intendir,
tazir, tazir.

(Dos servidores hacen salir al señor Jourdain.)

ESCENA XI

EL MUFTI, DERVICHES, TURCOS, cantores y bailarines

EL MUFTI. — Dime, Turco: "Qui star quista? Anabatista, anabatista."

LOS TURCOS. — *loc.*

EL MUFTI. — ¿Zuinglista?

LOS TURCOS. — *loc.*

EL MUFTI. — ¿Coffita?
 LOS TURCOS. — loc.
 EL MUFTI. — ¿Hussita? ¿Morista? ¿Fronista?
 LOS TURCOS. — loc, ioc, ioc.
 EL MUFTI. — loc, ioc, ioc. Star pagana?
 LOS TURCOS. — loc.
 EL MUFTI. — ¿Luterana?
 LOS TURCOS. — loc.
 EL MUFTI. — ¿Puritana?
 LOS TURCOS. — loc.
 EL MUFTI. — ¿Bramino? ¿Moffina? ¿Zurina?
 LOS TURCOS. — loc, ioc, ioc.
 EL MUFTI. — loc, ioc, loc. ¿Mahometana? ¿Mahometana?
 LOS TURCOS. — Hi Valla, Hi Valla.
 EL MUFTI. — ¿Cómo chamara? ¿Cómo chamara?
 LOS TURCOS. — Giordina, Giordina.
 EL MUFTI. — (Brincando.) ¿Giordina, Giordina?
 LOS TURCOS. — Giordina, Giordina.
 EL MUFTI.

Mahameta, per Giordina
 mi pregar, sera e matina.
 Volere far un paladina
 de Giordina, de Giordina;
 dar turbanta, e dar scarrina,
 con galera e brigantina,
 per deffender Palestina
 Mahameta, per Giordina,
 mi pregar sera e matina.

(A los Turcos.)

Star bon turca Giordina?

LOS TURCOS. — Hi Valla. Hi Valla.
 EL MUFTI. — (Cantando y bailando.) Ha la ba, ba la chou,
 ba la ba, ba la da.
 LOS TURCOS. — Ha la ba, ba la chou, ba la ba, ba la da.

ESCENA XII

TURCOS cantores y bailarines
 SEGUNDO INTERMEDIO BAILABLE

ESCENA XIII

EL MUFTI, DERVICHES, el SEÑOR JOURDAIN y TURCOS
 cantores y bailarines

El Mufti vuelve tocado con su turbante de ceremonias, que es de un tamaño desmesurado y está guarnecido de cuatro o cinco filas de velas encendidas. Va acompañado de dos Derviches, que llevan el Corán y que lucen unos gorros puntiagudos, guarnecidos también de velas encendidas. Los otros dos Derviches traen al Señor Jourdain y le hacen prosternarse con las manos sobre el suelo, de tal modo que su espalda sobre la cual colocan el Corán sirve de pupitre al Mufti, que hace una segunda invocación burlesca, frunciendo el ceño, golpeando de cuando en cuando sobre el Corán y volviendo las hojas precipitadamente, después de lo cual el Mufti grita, levantando los brazos al cielo: "Hou!". Durante esta segunda invocación, los Turcos ayudantes se inclinan y alzan alternativamente cantan, asimismo. "Hou, hou, hou!"

JOURDAIN. — (Después de que le han quitado el Corán de encima.) ¡Uf!

EL MUFTI. — (Al señor Jourdain.)

Ti non estar furba?

LOS TURCOS.

No, no, no.

EL MUFTI.

Non estar forfanta?

LOS TURCOS

No, no, no.

EL MUFTI. — (A los Turcos.)

Donar turbanta?

LOS TURCOS.

Ti non estar furba?
No, no, no.
Non estar forfanta?
No, no, no.
Donar turbanta.

TERCER INTERMEDIO BAILABLE

Los Turcos bailarines le ponen el turbante al Señor Jourdain
al son de la música

EL MUFTI. — (Dando el sable al señor Jourdain.) "Ti istar
nobile, non star fabbola. Pigliar schiabbola."
LOS TURCOS. — (Colocándole el sable en la mano.) "Ti star
nobile, non star fabbola. Pigliar schabbola."

CUARTO INTERMEDIO BAILABLE

Los Turcos bailarines dan al compás varios sablazos
al Señor Jourdain

EL MUFTI.

Dara, dara,
bastonara.

LOS TURCOS.

Dara, dara,
bastonara.

QUINTO INTERMEDIO BAILABLE

Los Turcos bailarines apalean al Señor
Jourdain al compás

EL MUFTI.

Non tener honta
questa star l'ultima afronta.

LOS TURCOS.

Non tener honta
questa star l'ultima afronta.

(El Muftí empieza una tercera invocación. Los Derviches le sostienen por debajo de los brazos con respeto; después de lo cual, los Turcos, Cantores y Bailarines, saltando alrededor del Muftí, se retiran con él, llevándose al señor Jourdain.)

ACTO QUINTO

LA SEÑORA DE JOURDAIN Y EL SEÑOR JOURDAIN

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Ah Dios mío, misericordia!
¿Qué es esto? ¿Qué cara! ¿Vais a dar una broma de Carnaval?
¿Es época de disfraces? Hablad, pues. ¿Qué es esto? ¿Quién
os ha emperifollado?

JOURDAIN. — Ved la impertinente; hablar de ese modo a
un mamamouchi.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Cómo decís?

JOURDAIN. — Sí; ahora hay que tenerme respeto. Acaban
de hacerme mamamouchi.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué queréis decir con vuestro
mamamouchi?

JOURDAIN. — Mamamouchi, os digo. Soy mamamouchi.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué animal es ése?

JOURDAIN. — Mamamouchi quiere decir, en nuestra lengua,
paladín.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Bailarín? ¿Estáis en edad de
bailar?

JOURDAIN. — ¡Qué ignorante! Digo paladín; es una dignidad
de la que acaban de investirme con toda ceremonia.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué ceremonia es ésa?

JOURDAIN. — Mahameta per Jordina.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Y qué quiere decir eso?

JOURDAIN. — Jordina, es decir Jourdain.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Bueno, Jourdain. ¿Y qué?

JOURDAIN. — *Voler far un paladina de Jordina.*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *¿Cómo?*

JOURDAIN. — *Dar turbanta con galera.*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *¿Qué es eso?*

JOURDAIN. — *Per deffender Palestina.*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *¿Que queréis decir?*

JOURDAIN. — *Dara, dara bastonara.*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *Pero ¿qué jerigonza es ésta?*

JOURDAIN. — *Non tener honta, questa star l'ultima affronta.*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *¿Qué diantre es eso?*

JOURDAIN. — *(Cantando y bailando.) Hou la ba, ba la chou, ba la ba, ba la da. (Cae al suelo.)*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *¡Ay Dios mío! ¡Mi marido se ha vuelto loco!*

JOURDAIN. — *(Levantandose y saliendo.) Callad, insolente. Tened respeto a un señor mamamouchi.*

SEÑORA DE JOURDAIN. — *(Sola.) ¿Dónde habrá perdido el juicio? ¡corramos a impedir que salga! (Viendo a Dorimena y a Dorante.) ¡Ah, ah! ¡He aquí precisamente lo que me faltaba! No veo más que aflicción por todos lados.*

ESCENA II

DORANTE y DORIMENA

DORANTE. — *Sí, señora; veréis la cosa más divertida que puede imaginarse, y no creo que sea posible encontrar en todo el mundo a un hombre tan loco como éste. Y además, señora, hay que procurar servir al amor de Cleonte y apoyar toda su mascarada. Es un joven muy cortés y que merece que se interesen por él.*

DORIMENA. — *Le estimo grandemente y es digno de fortuna.*

DORANTE. — *Aparte de lo cual, tenemos aquí un baile que nos agrada y que no debemos perder. Y es preciso ver si realmente podrá triunfar mi plan.*

DORIMENA. — *He visto aquí magníficos preparativos, son*

éstas unas cosas, Dorante, que no puedo permitir ya más. Sí; quiero impedir, en fin, vuestros derroches; y, para terminar con todos estos gastos que os veo hacer por mí, he resuelto casarme sin demora con vos. Ahí está el verdadero secreto, ya que todas esas cosas acaban con el matrimonio.

DORANTE. — *¡Ah, señora! ¿Es posible que hayáis podido tomar una tan tierna resolución por mí?*

DORIMENA. — *Es tan sólo para impedirlos que os arruinéis, pues, sin eso, veo muy bien que antes de poco tiempo no tendréis un sueldo.*

DORANTE. — *¡Cómo os agradezco, señora, los afanes que os tomáis por que conserve mi caudal! Es enteramente vuestro, lo mismo que mi corazón, y dispondréis de ellos del modo que os plazca.*

DORIMENA. — *Haré buen uso de los dos; mas he aquí a nuestro hombre. Su facha resulta admirable.*

ESCENA III

Los mismos y el SEÑOR JOURDAIN

DORANTE. — *Señor, venimos a rendir homenaje, la señora y yo, a vuestro nuevo cargo y a regocijarnos con vos del matrimonio de vuestra hija con el hijo del Gran Turco.*

JOURDAIN. — *(Después de hacer unas reverencias a la turca.) Señor, os deseo la fuerza de las serpientes y la prudencia de los leones.*

DORIMENA. — *Me congratula ser de las primeras en venir a felicitaros por el elevado y glorioso grado a que habéis ascendido.*

JOURDAIN. — *Señora, os deseo todo el año vuestro rosal florido. Os quedo infinitamente agradecido por tomar parte en los honores que me sobrevienen; y siento mucha alegría al veros volver aquí para presentaros mis más humildes excusas por la extravagancia de mi esposa.*

DORIMENA. — *Eso no fue nada; disculpo en ella semejante*

arrebato. Vuestro corazón debe de ser muypreciado; y no es raro que la pasión de un hombre como vos pueda inspirar ciertas alarmas.

JOURDAIN. — La propiedad de mi corazón es cosa que tenéis lograda.

DORANTE. — Ya veis, señora, que el señor Jourdain no es de esas personas a quienes ciega la prosperidad, y que sabe, en su grandeza, conocer aún a sus amigos.

DORIMENA. — Eso es señal de un alma totalmente generosa.

DORANTE. — ¿Dónde está su alteza turca? Quisiéramos, como amigos vuestros, cumplimentarle.

JOURDAIN. — Aquí viene; y he mandado buscar a mi hija para concederle su mano.

ESCENA IV

Los mismos y CLEONTE, vestido de turco

DORANTE. — (A Cleonte.) Señor, venimos a hacer la reverencia a vuestra alteza como amigos de vuestro señor suegro y a ofrecer con respeto nuestros humildísimos servicios.

JOURDAIN. — ¿Dónde está el intérprete para decirle quiénes sois y hacerle entender lo que decís? Ya veréis lo que os responderá; habla turco a las mil maravillas. (A Cleonte.) ¡Hola! ¿Dónde diantres se ha ido? *Strouf, trif, strof, straf.* El señor es un grande segnore, grande segnore, y la señora una granda dama, granda dama. (Viendo que no se hace entender.) ¡Ah! (A Cleonte, señalando a Dorante.) Señor, es el mamamouchi francés, y la señora, mamamouchia francesa. No puedo hablar más claramente. ¡Bien! Aquí está el intérprete.

ESCENA V

Los mismos y COVIELLE, disfrazado

JOURDAIN. — ¿Adónde os habéis marchado? No podemos decirte nada sin vos. (Señalando a Cleonte.) Decidle que el señor y la señora son personas de elevada alcurnia y vienen a hacerle la reverencia, como amigos míos, y a ofrecerle sus servicios. (A Dorimena y Dorante.) Veréis cómo responde.

COVIELLE. — Halabala crociam occi boram alabamen.

CLEONTE. — Catalegui tubal ourin soter amalouchan.

JOURDAIN. — (A Dorimena y a Dorante.) ¿Lo veis?

COVIELLE. — Dice que una lluvia de venturas riegue en todo tiempo vuestro jardín familiar.

JOURDAIN. — Ya os dije que hablaba turco.

DORIMENA. — Es admirable.

ESCENA VI

Los mismos y LUCILA

JOURDAIN. — Venid, hija mía; acercaos y entregad vuestra mano al señor, que os hace el honor de venir a pedir os en matrimonio.

LUCILA. — ¡Cómo, padre mío! ¿Qué os habéis puesto? ¿Estáis representando una comedia?

JOURDAIN. — No, no; no es una comedia; es un asunto muy serio, el más honroso para vos que pudiera desearse. (Señalando a Cleonte.) Este es el marido que os doy.

LUCILA. — ¿A mí, padre mío?

JOURDAIN. — Sí, a vos. Vamos entregadle vuestra mano y dad gracias al Cielo por vuestra felicidad.

LUCILA. — Yo no quiero casarme.

JOURDAIN. — Lo quiero yo, que soy vuestro padre.

LUCILA. — No haré semejante cosa.

JOURDAIN. — ¡Ah, cuánta palabrería! Vamos, os digo. Ven-
ga vuestra mano.

LUCILA. — No, padre mío; ya os he dicho que no habrá
fuerza que pueda obligarme a tomar otro esposo que no sea
Cleonte; y llegaré a cualquier extremo antes que... (Reco-
nociendo de pronto a Cleonte.) Verdad es que sois mi padre;
os debo completa obediencia y a vos corresponde disponer
de mí según vuestra voluntad.

JOURDAIN. — ¡Ah! Estoy encantado de veros acatar con tal
prontitud vuestro deber, y me congratula tener una hija obe-
diente.

ESCENA VII

Los mismos y la SEÑORA DE JOURDAIN

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Cómo! ¿Qué es esto? Dicen que
queréis entregar vuestra hija en matrimonio a un mascarón.
JOURDAIN. — ¿Queréis callaros, impertinente? Venís siempre
a encajar vuestras extravagancias en todo, y no hay manera
de enseñaros a ser cuerda.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Sois vos el insensato, y vais de
locura en locura. ¿Cuál es vuestro propósito y qué es lo que
queréis hacer con semejante mezcolanza?

JOURDAIN. — Quiero casar a nuestra hija con el hijo del
Gran Turco.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Con el hijo del Gran Turco?

JOURDAIN. — (Señalando a Covielle.) Sí; cumplimentadle
por medio de este intérprete.

SEÑORA DE JOURDAIN. — No me hace falta intérprete; yo
misma le diré en sus narices que mi hija no será suya.

JOURDAIN. — ¿Queréis callaros, una vez más?

DORANTE. — ¡Cómo, señora Jourdain! ¿Os oponéis a un ho-
nor semejante? ¿Rechazáis como yerno a su alteza turca?

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Dios mío, caballero! Meteos en
vuestros asuntos.

DORIMENA. — Es una altísima distinción que no debe rechazar-
se.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Señora, os ruego también que
no os preocupéis por todo cuanto os beneficia.

Puedo pasarme muy bien sin vues-
tra amistad.

DORANTE. — Aquí tenéis a vuestra hija, que acata la vo-
luntad de su padre.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Mi hija consiente en casarse con
ese turco?

DORANTE. — En efecto.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Y puede olvidar a Cleonte?

DORANTE. — ¿Qué no se haría por ser una gran dama?

SEÑORA DE JOURDAIN. — La estrangularé con mis propias
manos si hace semejante cosa.

JOURDAIN. — ¡Basta de charla! Os digo que se verificará
este casamiento.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Y yo os digo que no se realizará.
JOURDAIN. — ¡Qué de ruido!

LUCILA. — ¡Madre mía!

SEÑORA DE JOURDAIN. — Apartad. Sois una bribona.

JOURDAIN. — (A la señora de Jourdain.) ¡Cómo!... ¿La reñís
porque me obedece?

SEÑORA DE JOURDAIN. — Sí; es tan mía como de vos.

COVIELLE. — (A la señora de Jourdain.) ¡Señora!

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Qué venís a contarme vos?

COVIELLE. — Una palabra tan sólo...

SEÑORA DE JOURDAIN. — No me interesan vuestras pa-
labras.

COVIELLE. — (Al señor Jourdain.) Señor, si accede a escu-
char unas palabras aparte, os prometo que consentirá en lo
que queréis.

SEÑORA DE JOURDAIN. — No consentiré jamás.

COVIELLE. — Escuchadme tan sólo.

SEÑORA DE JOURDAIN. — No.

JOURDAIN. — (A la señora de Jourdain.) Escuchadle.

SEÑORA DE JOURDAIN. — No quiero.

JOURDAIN. — El os dirá . . .

SEÑORA DE JOURDAIN. — No quiero que me diga nada.

JOURDAIN. — ¡Qué terquedad de mujer! ¿Os va a hacer daño escucharle?

COVIELLE. — Escuchadme tan sólo y haréis después lo que os plazca.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Bueno. ¿Que es ello?

COVIELLE. — (Bajo, a la señora de Jourdain) Señora, hace una hora que os estamos haciendo señas. ¿No veis que todo esto se hace para amoldarnos a las extravagancias de vuestro marido; que le estamos engañando con estos disfraces, y que es el propio Cleonte el hijo del Gran Turco?

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¡Ah, vamos!

COVIELLE. — (Bajo, a la señora de Jourdain.) Y que el intérprete soy yo, Covielle.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (Bajo, a Covielle.) ¡Ah! Siendo así, consiento en ello.

COVIELLE. — (Bajo, a la señora Jourdain.) No os deis por enterada.

SEÑORA DE JOURDAIN. — (En voz alto.) Sí. La cosa está decidida; consiento en ese matrimonio.

JOURDAIN. — ¡Ah! Todo el mundo se muestra razonable. (A la señora de Jourdain) ¡Y no queráis escucharle! Sabía ya muy bien que él os explicaría quién es el hijo del Gran Turco.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Me lo ha explicado como es debido, y ello me satisface. Enviemos a buscar un notario.

DORANTE. — Muy bien dicho. Y a fin, señora Jourdain, de que tengáis el ánimo gozoso por completo y de que olvidéis hoy todos los celos que pudiera haberos hecho sufrir vuestro esposo, nos serviremos de ese mismo notario para casarnos la señora y yo.

SEÑORA DE JOURDAIN. — Consiento también en eso.

JOURDAIN. — (Bajo, a Dorante.) Es para engañarla. . .

DORANTE. — (Bajo, al señor Jourdain.) Hay que entretenerla con este subterfugio.

JOURDAIN. — (Bajo.) Bien, bien. (Alto.) Que vayan a buscar al notario.

DORANTE. — Mientras llega y redacta los contratos, presen-

ciemus nuestros bailables y festejemos con ellos a su alteza turca.

JOURDAIN. — Muy bien pensado. Vayamos a ocupar nuestros sitios.

SEÑORA DE JOURDAIN. — ¿Y Nicolasa?

JOURDAIN. — Se la concedo al intérprete: y mi mujer a quien quiera.

COVIELLE. — Señor, os doy las gracias. (Aparte.) Si existe alguien más loco, que se lo cuenten a mi abuela. (La comedia termina con un pequeño bailable que está ya preparado.)

"ES COSA DIGNA DE IR A DECIR A ROMA."

PRIMER INTERMEDIO

Sale un hombre repartiendo libretos del bailable. Se ve asediado por

una multitud de gentes de diversas provincias, que se los piden gritando a compás, y por tres importunos que encuentra él siempre en su camino

DIALOGO DE LAS GENTES QUE PIDEN LIBRETOS CON MUSICA

TODOS.

A mí, señor; a mí, por favor, por favor;
un libro, si queréis, a vuestro servidor.

UN CABALLERO APUESTO.

No nos mezcléis, señor, con las gentes que gritan
estas damas, de vos, programas solicitan.

OTRO CABALLERO APUESTO.

¡Hola, señor! ¿Seréis tan educado
que dejéis unos cuantos por este lado?

UNA DAMA DISTINGUIDA.

¡Ah, Dios mío, qué escasa cortesía
tienen aquí con las personas finas!

OTRA DAMA DISTINGUIDA.

¡Programas y puestos tienen
tan solo aquí las grisetas!

UN GASCON.

¡Eh, el de los programas! ¡Válgame el Cielo!
Tengo ya con los gritos el pulmón destrozado
De mí todos se burlan como les place.
Estoy, señores míos, soliviantado,
viendo en manos de gentes de baja estofa,
lo que al público honrado nos es negado.

OTRO GASCON.

¡Eh, por Dios, caballero: venga un libreto!
Os lo pide por mí el barón de Ascarat.
Creo, ¡pardiez!, que quien así se llama
ni mirarme en la calle se dignará.

EL SUIZO.

Señor, dadme ese papel.
¡Vaya modales groseros!
Tendré que desgañitarme,
aunque nada lograré.

UN VIEJO BURGUES CHARLATAN.

Confieso con franqueza,
que todo esto me irrita.
Es un detalle feo
que nuestra linda hija,
tan fina y distinguida,
no tenga ni un libreto
en que lea el asunto
del bailado festejo.
¡Que mi familia toda,
tan digna y bien vestida,
tenga que codearse
con gentes desatentas!
Confieso con franqueza,
que es un detalle feo.

UNA VIEJA BURGUESA CHARLATANA.

Esto, en verdad, es un bochorno,
y mi semblante se sonrosa.
Y el que reparte los libretos
se porta mal; a mi entender:
es un bruto rematado,
un animal verdadero,
desairando así a mi hija.
que es ornato principal
de un barrio tan escogido
como el del Palais-Royal,

y a quien hace pocos días
sacó un conde —¡nada más!—
en primer turno a bailar.
Se porta, a mi juicio, mal;
es un bruto rematado,
un verdadero animal.

DAMAS Y CABALLEROS DISTINGUIDOS.

¡Qué ruido! ¡Qué alboroto! ¡Qué confusión!
¡Qué mezcla! ¡Qué desorden! ¡Vaya aluvión!
¡No se resiste el calor! ¡La sed tampoco se aguanta!

UN GASCON.

¡Pardiez! ¡Yo no puedo más!

OTRO GASCON.

¡Voto a tal! ¡Estoy rabioso!

EL SUIZO.

¡Quién me diera de beber!

UN GASCON.

¡Yo me muero!

OTRO GASCON.

¡Yo enloquezco!

EL SUIZO.

¡Pues yo me quiero marchar!

EL VIEJO BURGUES CHARLATAN.

Vamos, amiga, vamos, seguid mis pasos;
no me dejéis a solas, os lo suplico.
Nadie nos hace el menor caso;
este barullo me fatiga.
Que me cuelguen si vuelvo a venir,
ni a comedias ni a bailes aquí.
Vamos, amiga; seguid mis pasos.

LA VIEJA BURGUESA CHARLATANA.

Vamos, hija mía; volvamos a casa
y salgamos pronto de este cuchitril
donde ni sentarse siquiera se puede.
Quedarán pasmados viéndonos partir

Es harto alboroto el que hay en la sala,
y juro, con brío, que si vuelvo aquí
podrán castigame con seis bofetones.
Vamos, hija mía; volvamos a casa
y salgamos pronto de este cuchitril.

TODOS.

¡A mí señor, a mí; por favor, por favor,
un libro, si queréis, a vuestro servidor!

SEGUNDO INTERMEDIO

Los tres Importunos bailan
¿por qué le quieres turbar?

TERCER INTERMEDIO

TRES ESPAÑOLES. — (Cantando.)

Sé que me muero de amor
y solicito el dolor.
Y aun muriendo de querer
de tan buen aire adolezco,
que es más de lo que padezco
lo que quiero padecer.
Y no pudiendo exceder
a mi deseo el rigor,
sé que me muero de amor
y solicito el dolor.
Lisonjeame la suerte
con piedad tan advertida,
que me asegura la vida
en el riesgo de la muerte.
Vivir de su golpe fuerte
es de mi salud primor.
Sé que me muero de amor
y solicito el dolor.

(Bailan seis Españoles.)

TRES MUSICOS ESPAÑOLES

¡Ay, qué locura!
Con tanto rigor
quejarse de amor

del niño bonito
que es todo cultura.
¡Ay, qué locura!
¡Ay, qué locura!

UN ESPAÑOL. — (Cantando.)

El dolor solicita
el que al dolor se da,
y nadie de amor muere,
sino quien no sabe amar.

DOS ESPAÑOLES.

Dulce es el amor
con correspondencia igual,
y si ésta gozamos hoy,
¿por qué la quieres turbar?

UN ESPAÑOL.

Alégrese, enamorado,
y tome mi parecer,
que en esto del querer
todo el hallar el vado.

LOS TRES JUNTOS.

¡Vaya, vaya de fiestas!
¡Vaya de baile!
¡Alegria, alegría, alegría!
Que esto del dolor es fantasía.

ITALIANOS.

UNA JOVEN MUSICA ITALIANA declama este primer recitado:

Di rigori armata il seno,
contro amor mi rebelai
ma fui vinta in un baleno,
in mirar due vaghi rai.
Ahi! Che resiste puoco
cor di gelo a stral di fuoco.
Ma si caro è 'l mio tormento,
dolce è sì la piaga mia,
ch' il penare è mio contento,
è 'l sanarmi è tirannia,
ahi Che più giova e piace,
quanto amor è più vivace!

(Después de este aria, dos Scaramouches, dos Trivelines y un Arlequín representan una "noche", a la manera de los comediantes italianos, en cadencia. Un Músico italiano se une a la Música también italiana, y ambos a dos cantan lo siguiente:)

EL MUSICO ITALIANO.

Bel tempo che voia
rápisce il contento:
d'amor ne la scuola
si coglie il momento.

LA JOVEN MUSICA.

Insin che florida
ride l'età,
che pur tropp'orrida
de noi s'en va.

LOS DOS.

Sù cantiamo,
Sù godiamo,
ne'bel di di gioventú
perduto ben non si nacquista piú.

MUSICO.

Pupilla ch'è vaya
mill'alme incatena,
fà dolce la piaga,
felice la pena.

JOVEN MUSICA.

Ma poichè frigida
langue l'età,
più, l'aima rigida
fiamme non ha.

LOS DOS.

Sù cantiamo,
sù godiamo,
ne'bel di di gioventú:
perduto ben non si racquista piú.

QUINTO INTERMEDIO

FRANCESES

DOS MUSICOS POTEVINOS bailan y cantan lo siguiente:

PRIMER MINUE
¡Cuán bellas estas riberas!
¡Qué clara luz la del soll

OTRO MUSICO.

El ruiseñor en la floresta
canta a los ecos su retorno.
Este hermoso paraje,
estos trinos tan dulces,
este hermoso paraje
al amor nos invitan.

SEGUNDO MINUE

LOS DOS. — (A coro.)

Mira, Climena mía:
mira bajo esa encina
cómo se besan
los pajarillos.
Nada les turba
en sus anhelos;
su alma está llena
de dulces fuegos.
¡Cuán venturosos!
Mas, si tú quieres,
serlo podemos
también nosotros.

(Aparecen después otros seis Franceses vestidos caprichosamente a la potevina, tres de Hombres y tres de Mujeres, acompañados de ocho flautas y oboes, y bailan los minués.)

SEXTO INTERMEDIO

Todo esto termina con la agrupación de las tres naciones y con los aplausos, al compás de la danza y de la música, de toda la concurrencia, que canta los dos versos siguientes:

¡Qué hechiceros espectáculos! ¡De qué placeres gozamos!
¡Ni a los dioses del Olimpo en el delite envidiamos!

termino de imprimirse el mes de agosto de 1976
en los talleres de Gráfica Patricios
Juan G. Lemos 248 — Buenos Aires — Argentina.

El burgués gentilhomme

Molière

"Se puede considerar el arte de Molière como el punto más alto a que pudo llegar el realismo permisible dentro de los gustos del clasicismo francés plenamente desarrollado del reinado de Luis XIV: marca los límites de lo entonces posible", ha manifestado Erich Auerbach. Y dentro de esos límites de lo posible "El burgués gentilhomme" significa uno de los más osados avances en la tarea de disecar con amable ferocidad el mundo que lo ha engendrado.

Otros títulos de esta colección

Diez días que conmovieron al mundo, John Reed - Rosaura a las diez, Marco Denevi - Villeros y villas miserias, Hugo Ratier - Ciencia, política y cientificismo, Oscar Varsavsky - Los incas, Alfred Metraux - La guerra civil española, Miguel de Amilibia - La cerilla sueca, Antón Chéjov - Historia de perros, Leónidas Barletta - Sistema nervioso y aprendizaje, Juan Azcoaga - Iluminaciones. Una temporada en el infierno, Rimbaud - El pensamiento esencial de Freud, Juan Dalma - Los pies sobre el agua, A. Roa Bastos - El conventillo, J. Páez - Comunicación y sociedad, Muro/Luaces - La celestina, F. de Rojas - Los crímenes de la calle Morgue, E. A. Poe - Museo de la novela de la eterna, Macedonio Fernández - Ubú rey, A. Jarry - Capitalismo, monopolios y dependencia, Ismael Viñas.

EDICIONES DE LA FERIA